



***JUNTOS...
TRAS LAS HUELLAS
DE LOS APOSTOLES POBRES***

FORMACION PARA LA VIDA MONFORTIANA

JUNTOS...
TRAS LAS HUELLAS DE LOS APOSTOLES POBRES

FORMACION PARA LA VIDA MONFORTIANA

VOLUMEN I

COMPAÑÍA DE MARIA
2005

PREFACIO

Hace ya trescientos años fue llamada a la existencia la Compañía de María. El sueño del Padre de Montfort, recién ordenado, de una pequeña y pobre compañía de buenos misioneros, comenzó a tomar forma en 1705 con la vocación del Hermano Maturino Rangeard. Tres siglos después, hombres jóvenes y menos jóvenes siguen a san Luis María sobre las huellas de los apóstoles pobres. Este nuevo proyecto de **Formación para la vida monfortiana** se dirige a los hermanos de todas las edades, a los hermanos de hoy y de mañana. Su propósito es transmitir el sueño de Montfort con toda su riqueza, y ofrecerles todas las posibilidades de encarnarlo plenamente en su vida de cada día.

Esencialmente, la **formación para la vida monfortiana** toca la formación continua, permanente, que es “el camino emprendido cada día que nos modela como misioneros monfortianos, una experiencia de conversión, un camino interior de nuestra consagración monfortiana y religiosa. La formación no es pues el solo hecho de quienes acompañan a los nuevos miembros que entran en la Compañía. Ella concierne no solamente a los maestros de novicios y a los otros formadores. Concierne a todos los hermanos. Cada uno de nosotros es llamado a seguir cada día este camino de formación continua: No. 75”.

Este primer volumen presenta, a través de diversas perspectivas, el icono o perfil del misionero monfortiano. San Luis María fue el primero en adoptar este icono, como el buen padre que dejó sus rasgos distintivos en el retrato de familia. Cada uno de nosotros recibió la gracia y la vocación de encarnar este icono hoy, por su vida y su ministerio, como un don ofrecido a la Iglesia y al mundo. El presente texto es fruto de varios años de reflexión y consulta a todos los niveles de la congregación. Aunque marcado por los límites humanos del lenguaje y de la razón, logra de manera admirable revelar nuestro retrato de familia, invitándonos a contemplar e integrar el sueño y el carisma de san Luis María de Montfort en este nuevo milenio.

El nuevo proyecto de **formación para la vida monfortiana** entra en vigor hoy en la solemnidad de la Inmaculada Concepción. ¡Que la Llena de gracia nos ayude con su amor maternal a cada uno de nosotros a que renazca el carisma de su Compañía. Que san Luis María y la bienaventurada María Luisa de Jesús encuentren en nosotros compañeros fieles sobre las huellas de los apóstoles pobres!

Roma, 8 de diciembre de 2004
Fiesta de la Inmaculada Concepción.

*William Considine, s.m.m.
Superior General.*

Siglas utilizadas

Obras de san Luis María Grignon de Montfort

ACM	A los Asociados de la Compañía de María
ASE	El Amor de la Sabiduría Eterna
CT	Cánticos
C	Cartas
AC	Carta circular a los Amigos de la Cruz
SA	Súplica ardiente
RM	Regla de los Misioneros de la Compañía de María
RS	Regla primitiva de la Sabiduría
S	Libro de los Sermones
SAR	Secreto admirable del santísimo Rosario
SM	El Secreto de maría
VD	Tratado de la Verdadera Devoción a la santísima Virgen

Monfortianos Hoy

Const.	Constituciones
Est.	Estatutos generales

Para las referencias bíblicas se utilizan las siglas comunes.

Ilustraciones: Rudi Fritz, s.m.m.

Foto del epitafio: Studio A. Vigneron, San Lorenzo junto al Sèvre.

A ti, que acabas de encontrar el *primer amor*,
La chispa que te inspira el seguimiento de Cristo...

A ti, que ya recorriste una parte del camino,
Y quizá escuchas al Señor decirte:
Tengo que reprocharte porque has perdido tu amor de antaño...

Lo que caracteriza al hombre es su caminar...
Cuántas veces, en el Evangelio lees:
Jesús está en camino y sus discípulos le siguen...
Si tú confías en el Guía,
Si aceptas caminar,
Si no te detienes,
El futuro abierto está.
El fin, la Vida es.

Que estés sólo al comienzo del trayecto
O muy avanzado en el camino,
El amor que te impulsó a seguir al Señor está vivo.
Te toca volverlo a encontrar, no dejarlo ir.
¡Es la tarea de toda tu vida!

Aún hoy, Montfort por ti,
Eleva su súplica ardiente:
¿Qué te pido?
¡Hombres libres,
Con la libertad de Dios!

Para seguirte juntos,
Tras las huellas de los Apóstoles pobres.

INTRODUCCION GENERAL

La formación

El proyecto de formación de la Compañía de María está en la línea de la reflexión más reciente de la Iglesia, según la cual “la época en que vivimos nos impone repensar globalmente la formación de las personas consagradas, que no se limita a un período de la vida”¹. Según la instrucción *Partir de Cristo*, “la formación ya no es solamente un tiempo pedagógico de preparación a los votos, o al sacerdocio, sino una manera teológica de pensar la vida consagrada”², un proceso de formación largo y progresivo del hombre nuevo, que podrá asumir los sentimientos de Cristo, y cuyo corazón será capaz de latir en armonía con los sentimientos divinos.

La formación permanente no es la que viene después de la formación inicial sino, por paradójico que pueda parecer, la precede y la hace posible; es la idea madre que la guarda y le da su identidad. Por eso la formación inicial y la formación permanente constituyen un *camino único de fe*. Es el camino de una formación continua del compromiso del creyente, del ser humano llamado a ser adulto en la fe, en lo concreto y en la originalidad de su vida. Tal proceso hace evidente el valor de la herencia carismática recibida de la tradición del instituto en el cual pide admisión y pasará su vida.

El título

El título general *Juntos... tras las huellas de los Apóstoles pobres* es una expresión cara al Padre de Montfort. Esta imagen dinámica nos recuerda que la formación es el *proceso vital* por el cual la persona *se convierte desde las profundidades de su ser* al Verbo de Dios y al mismo tiempo *aprende el arte de buscar* los signos de los tiempos en la realidad del mundo.

Plan y estructura del documento

Nuestro proyecto de formación se presenta como un documento teórico y práctico; está “inspirado en el carisma del fundador... quiere proponer un método rico en sabiduría espiritual y pedagógica”³, para llevar progresivamente a vivir el carisma monfortiano.

Comprende dos volúmenes

Este volumen presenta los principios inspiradores, el espíritu de la formación monfortiana. Se desarrolla en estas etapas: luego de una mirada al itinerario misionero de la Sabiduría eterna, nos comprometemos como monfortianos a seguir las huellas de los Apóstoles pobres, con los ojos fijos en el Padre de Montfort y en la Compañía de María que fue su deseo continuo: Primera parte; seguimos entonces el proceso de formación a lo largo de toda nuestra vida: Segunda parte; formamos pues una Compañía de hermanos

¹ *Partir de Cristo*, 15.

² *Ibidem*.

³ *Vita Consecrata* 68.

venidos de todos los rincones del mundo, que caminan juntos como peregrinos: Tercera parte.

El segundo volumen propondrá las normas y las líneas guías de la formación.

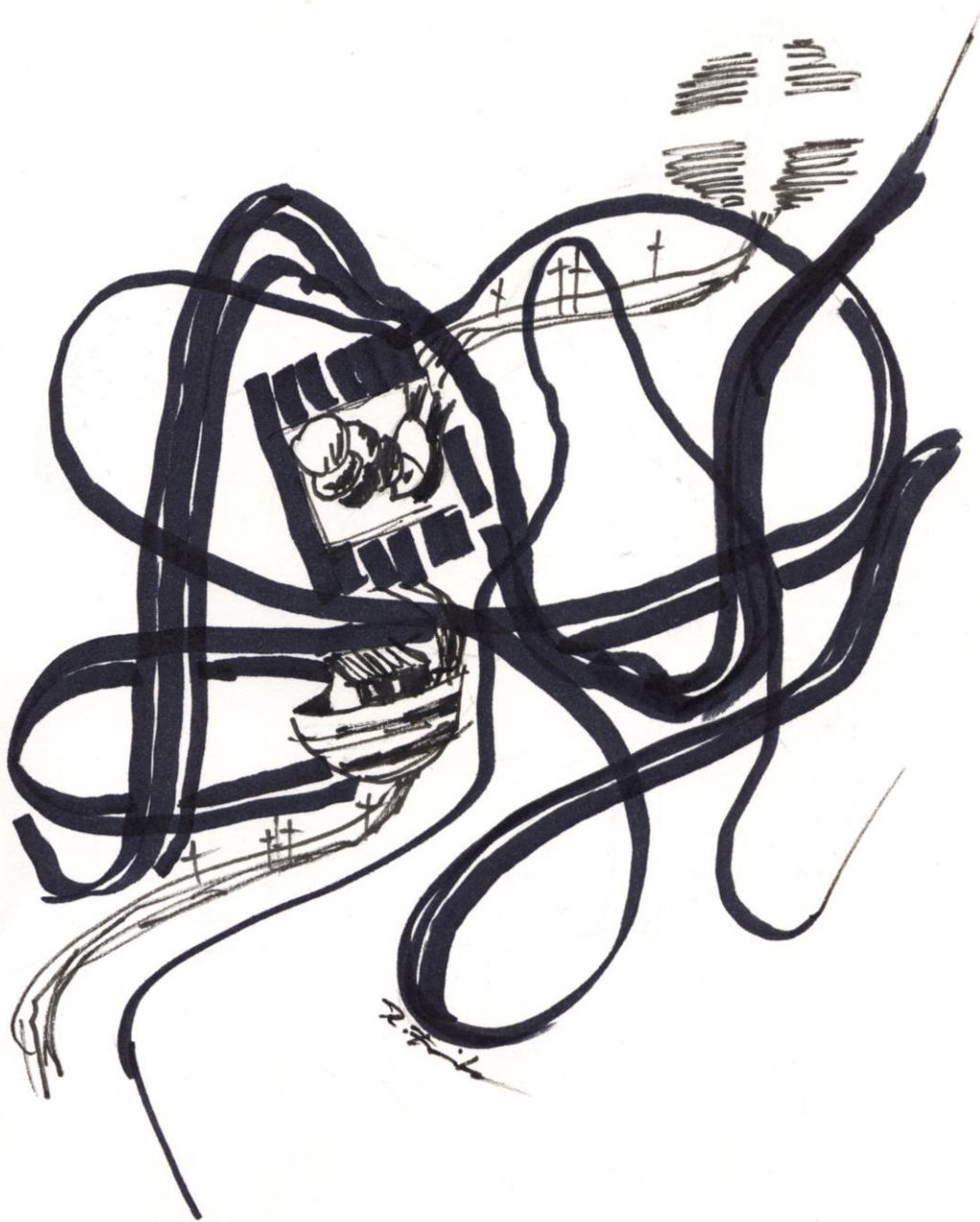
Tratará los aspectos específicos de las diferentes etapas: pastoral de las vocaciones, pre-noviciado, noviciado, período de votos temporales, preparación a los votos perpetuos, primeros años de plena inserción apostólica, fase “del joven-adulto”, período de madurez, edad avanzada.

- I. Para cada etapa: naturaleza; fin y objetivos: de parte de la congregación y del individuo; programa y trayectoria según las diversas dimensiones, contenidos y *Plan de Estudios*; los medios y los recursos; las normas jurídicas y administrativas.
- II. Los formadores: Importancia, funciones, preparación y actualización de su formación.
- III. Asuntos particulares: formación de los superiores, vocaciones adultas, tiempos de crisis y de enfermedad, disciplina, formación y sicología, los laicos en la formación, etc.

VOLUMEN I

PRINCIPIOS INSPIRADORES

EL ESPIRITU DE LA FORMACION MONFORTIANA



PRIMERA PARTE

UN CAMINO POR DESCUBRIR

EL ITINERARIO MISIONERO DE LA SABIDURÍA ENCARNADA

*Un silencio sereno lo envolvía todo,
y al mediar la noche su carrera,
tu Palabra todopoderosa se abalanzó
como paladín inexorable desde el trono real.*
Sab 18,14-15

*María es la más perfecta y santa de las puras creaturas,
y Jesucristo que ha venido a nosotros de la manera más perfecta
no tomó otro camino para viaje tan grande y admirable.*
VD 157.

La peregrinación de la Sabiduría

Para un cristiano el viaje más significativo es la peregrinación que ha hecho la Palabra de Dios para venir a vivir entre nosotros. Aquel a quien no pueden contener los cielos se hizo carne en el seno de la Virgen María para morar entre nosotros. La respuesta confiada de María a la iniciativa de Dios se convirtió en el camino por el cual la divina Sabiduría se encarnó. Este humilde camino de la kénosis del Verbo: Fil 2,7, es para nosotros el camino de la salvación.

Tocada vivamente por las desgracias de la humanidad: ASE 41, la Sabiduría desciende de los cielos para venir a nosotros. En su meditación sobre la peregrinación salvadora del Verbo, el Padre de Montfort señala con fuerza el exceso del amor incomprensible que impele a la Sabiduría hacia nosotros: ASE 45. La misma Sabiduría encarnada nos busca y nos desea: ASE 64, 65. El torrente impetuoso de la bondad infinita de Dios encuentra en María su reposo: ASE 105.

El itinerario misionero de la Encarnación tiene su origen en el movimiento de la Sabiduría que el Padre de Montfort descubrió en la Escritura. La Sabiduría de Dios, siempre en movimiento, viene continuamente a nosotros, buscando por todos lados, deseando encontrar a quienes la buscan y desean acercarse a Dios: ASE 47; Sab 6,16. La Sabiduría es itinerante, sale al encuentro de la humanidad.

La itinerancia de la Sabiduría encarnada

La Sabiduría “ella misma va de un lado a otro buscando a los que la merecen; los aborda benigna por los caminos y les sale al paso en cada pensamiento”: ASE 4; Sab 6, 16. Ella da el primer paso; quien madruga por ella, no se cansa; la encuentra sentada a la puerta: Sab 6,13-14.

El Padre de Montfort fue cautivado por el deseo de poseer la Sabiduría. “Ella en busca del ser humano recorre largos caminos o sube a la cima de las más altas montañas., ora

llega a la puerta de las ciudades, ora penetra en las plazas públicas o en medio de las multitudes, y grita a voz en cuello: A ustedes, hombres, los llamo. ¡Oh hijos de los hombres! ¡Los estoy llamando desde hace tanto tiempo! ¡A ustedes me dirijo! ¡A ustedes llamo y busco! ¡Por su posesión suspiro! ¡Escúchenme! ¡Vengan a mí: quiero darles la felicidad!": ASE 66.

Este exceso de amor se encarna en la vida y en el ministerio de Jesús. La compasión obliga a Jesús a desplazarse continuamente de un lugar a otro para proclamar el Reino, a salir al encuentro de quienes necesitan ser curados, a buscar al pecador y a los que son rechazados.

La itinerancia misionera de la Sabiduría encarnada en Jesús nos invita a responder con igual itinerancia. Las personas salían al encuentro de Jesús para estar cerca de él. Los Apóstoles dejaron sus redes para seguirle, y su caminar cotidiano en compañía de él por los caminos de Palestina se convirtió en la senda de su formación de discípulos.

La vida de Jesús es una peregrinación de servicio que lo llevó a renunciar a sí mismo hasta morir. La Sabiduría se acercó a la humanidad hasta hacerse pobre y morir en la cruz: ASE 70. El ministerio de Jesús lo condujo al camino del Calvario siguiendo la misma lógica del amor que lo hizo encarnarse. Por esta sabiduría, que parece locura, por esta verdadera sabiduría, la debilidad de Jesús se convierte en la fuerza por la cual triunfa sobre el pecado y la muerte.

El movimiento misionero que llevó a Jesús a la cruz no se detiene a la luz de la Resurrección. Jesús resucitado reúne a la comunidad apostólica dispersa y atemorizada y envía al pequeño rebaño con la fuerza del Espíritu a continuar su misión. El fuego del Espíritu les hace abrir nuevos caminos de evangelización para proclamar la Buena Noticia de Jesucristo, crucificado y resucitado. La peregrinación del Verbo continúa aún hoy reuniendo a pueblos de todas las razas, lenguas, culturas y costumbres para darles un sitio en el banquete eterno del Reino.

Como misioneros de la compañía de María somos llamados a reconocer el camino que la Sabiduría encarnada tomó para venir a nosotros. Somos conducidos al Lugar donde mora la Sabiduría – Jesús Sabiduría hecha carne que vive en María, Jesús que busca a los necesitados, Jesús crucificado y resucitado, Jesús que en los miembros de su Cuerpo alcanza a los extremos de la tierra.

Nosotros respondemos a la Sabiduría que viene a nosotros tomando el camino de los discípulos, marchando juntos tras las huellas de los Apóstoles pobres. Reconocemos que la Sabiduría sigue en peregrinación con nosotros. Nuestra respuesta personal está iluminada por la luz que el Padre de Montfort ha proyectado sobre la senda de nuestra unión con Dios. El camino seguido por la misma Sabiduría es el de nuestra jornada.

“EL QUE ES quiso venir a lo que no es y hacer que lo que no es llegue a ser Dios. Esto lo realizó perfectamente entregándose y sometándose incondicionalmente a la joven María, sin dejar de ser en el tiempo el que es en la eternidad. Del mismo modo, nosotros, aunque no seamos nada, podemos por María llegar a ser

semejantes a Dios por la gracia y la gloria, entregándonos perfecta y totalmente a ella, de suerte que no siendo nada por nosotros mismos, lo seamos todo en ella, sin temor de engañarnos”: VD 157.

El Padre de Montfort está tan convencido de la importancia de María en nuestra peregrinación hacia Dios que se atreve a decir:

“Abridme un camino nuevo para ir a Jesucristo, embaldosado con todos los méritos de los bienaventurados, adornado con todas las virtudes heroicas, iluminado y embellecido con todos los esplendores y bellezas de los ángeles, y en el que se presenten todos los ángeles y santos para guiar, defender y sostener a quienes quieran andar por él; afirmo abiertamente con toda verdad que, antes que tomar camino tan perfecto, prefiero seguir el camino inmaculado de María”: VD 158.

Como monfortianos tratamos de dejarnos formar continuamente, caminando juntos en esta misma vía. Tomamos también nosotros la senda misionera de la Sabiduría encarnada, para una peregrinación cuyo principio y fin es Dios.

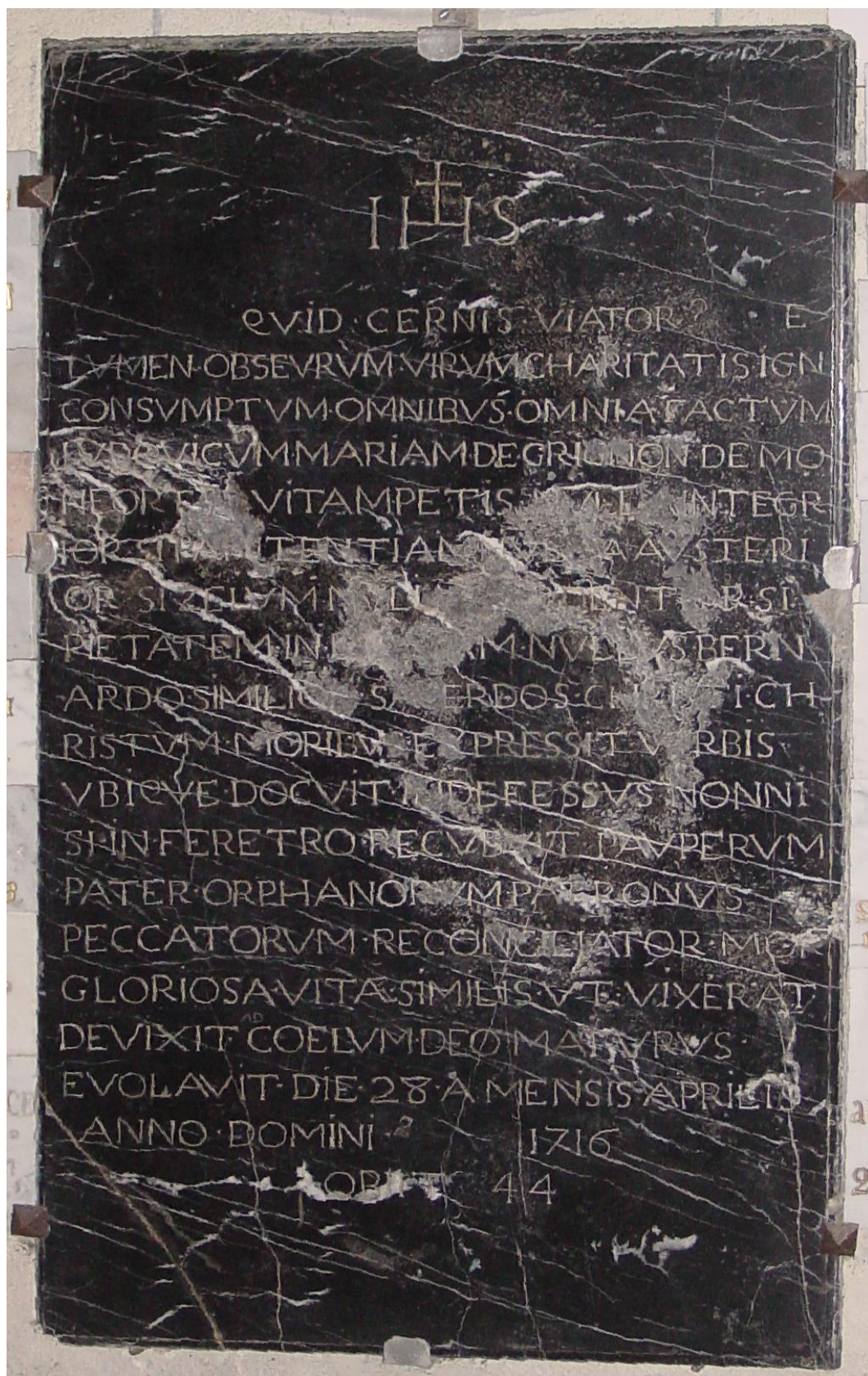


Foto del epitafio: *Studio A. Vigneron, San Lorenzo junto al Sèvre.*

Capítulo I

EL PADRE DE MONTFORT TESTIGO DE LA AUDACIA APOSTÓLICA

*Viajero, ¿Qué estás mirando?
Una antorcha apagada,
Un hombre,
Consumido por el fuego de la caridad.
Que se hizo todo para todos,
Luis María Grignon de Montfort.
Si te informas de su vida,
Ninguna más íntegra;
De su penitencia,
Ninguna más austera;
De su celo, ninguno más ardiente;
De su devoción a María,
Nadie tan semejante
A san Bernardo.
Sacerdote de Cristo, su vida expresó claramente la de Cristo.
Que con sus palabras enseñó por doquiera.
Infatigable, sólo reposó en la tumba.
Padre de los pobres,
Protector de huérfanos,
Reconciliador de pecadores.
Su gloriosa muerte
Fue como su vida.
Murió como vivió.
Maduro para Dios,
Voló al cielo.
Murió en el año del Señor 1716,
A los 43 años de edad.*

Epitafio de la tumba de san Luis María de Montfort, texto original latino dado por José Grandet: 1994; p. 149-150, o Carlos Besnard: 1981; No. 504. Traducción francesa de Luis Le Crom: No. 378.

El sentido de la vida

1. ¿Qué estás mirando, viajero?” Es la pregunta directa que plantea de entrada el epitafio de san Luis María de Montfort. La respuesta que se lee en seguida describe de manera contundente la vida y el espíritu de nuestro fundador: un hombre consumido por el amor de Dios, que ardía por el mensaje evangélico, devorado por una tierna devoción a María. Para el Padre de Montfort este epitafio describe el significado profundo de una carrera corrida en la fidelidad.

2. De las aguas del Bautismo a la vida apostólica, el epitafio resume la vida del Padre de Montfort. El recorrido que lo condujo a la tumba comenzó sobre otra tumba: la pila bautismal, en la cual Luis Grignon murió con Cristo para resucitar con él. Este itinerario lo llevó a tomar en serio y a vivir plenamente las promesas de su Bautismo. Los años de su adolescencia lo llevaron a responder a su vocación a la vida apostólica en la cual leyó los signos de los tiempos e invitó a sus hermanos y hermanas a renovar a su turno las promesas de su bautismo y a dejar que ellas moldearan sus vidas.

De las aguas de su Bautismo a una vida durante la cual buscó ser de manera más perfecta discípulo de Jesús, el Padre de Montfort emprendió el camino de peregrino. En el curso de su peregrinación, se encontró con el amor extraordinario de Dios, revelado en el misterio de la Encarnación, en Jesús, Sabiduría eterna hecha carne en María para venir a vivir entre nosotros. El descubrió en María el modelo de la respuesta humana al Dios que viene a nosotros y a una Madre que nos muestra el camino de su Hijo. Místico, Montfort supo contemplar el plan divino de salvación y la función de María en el mismo. El fruto de su contemplación nutrió e iluminó su mensaje como heraldo del Evangelio. Se convirtió luego en maestro de una doctrina segura, en guía de sabiduría espiritual y en predicador desbordante de ardor, de imaginación y de creatividad.

3. El itinerario apostólico de Luis María es participación en el misterio pascual. Una mirada sobre su vida, de manera particular después de su ordenación, nos muestra hasta qué punto creció y se dejó moldear por el Espíritu con ocasión de diversos combates y “crisis” que lo esperaban – “Soy como una pelota en juego”: C 26. En efecto se enfrentó al fracaso, a la incompreensión, al rechazo. Tales acontecimientos fueron para él otras tantas muertes y resurrecciones, granos de trigo caídos en tierra. Recordemos algunos ejemplos.

Su período de inactividad en Nantes, primera desilusión que venía a contrariar su ardor misionero de joven sacerdote, le dio ocasión de formular claramente sus deseos y sentimientos más profundos: C 5. La descripción de su estado de alma transparente lo que sería su vida. Allí se adivina ya la Compañía de María.

Las dificultades y los fracasos en Poitiers y París entre 1703 y 1706: malentendidos con sus antiguos amigos y directores espirituales, despidos de los hospitales, prohibición de predicar, expulsión de la diócesis de Poitiers..., ponen en duda su orientación apostólica. Esta “crisis” le empuja a tomar el camino de Roma y postrarse ante el Santo Padre; de allí vuelve confirmado en sus intuiciones misioneras: RM 56.

Regresado a Francia hace parte del equipo misionero del señor Leuduger... hasta que se le pide abandonarlo. Este nuevo fracaso le da ocasión para formar la primera comunidad *monfortiana* en la ermita de san Lázaro. Allí descubre la libertad de ser él mismo, que le permitirá ser misionero apostólico según su propio estilo: RM 50.

Dos años más tarde, lleva a cabo su obra maestra de misionero: el Calvario de Pont-Château. ¡Realización que sólo podrá cumplir una vez en la vida! ¡El éxito será su fracaso! ¡El Calvario será su cruz! Todo se va a pique, pero él permanece firme en la prueba y sale victorioso... Paradójicamente, lo que hubiera podido quebrarlo y destruirlo le da una mayor madurez apostólica. “Plantando la cruz en el fondo de su corazón más alta aún que sobre la colina de la Magdalena, Montfort sólo pensó en continuar el trabajo de las misiones...”⁴. Se sintió impulsado a partir a otro sitio, “con la antorcha brillante y encendida del santo Evangelio en la boca y el santo Rosario en la mano”: SA 12.

Un llamado a proseguir su misión

4. El Padre de Montfort se lanzó a los caminos a proclamar el mensaje del amor de Dios. Invitó a los cristianos a profundizar su fe y se consagró a renovar el rostro de la Iglesia. “¿Qué estás mirando, viajero?” La pregunta se dirige a un caminante, a alguien que se moviliza. Para el Padre de Montfort, este epitafio marca el sentido y las motivaciones de su vida. Pero nosotros, discípulos suyos, ¿leemos en él el llamado, el reto que nos propone? ¿No somos acaso viajeros, peregrinos, que tratan de leer los signos y las necesidades de nuestro tiempo y responder a ellos con nuestros propios dones y limitaciones? En medio de nuestros fracasos y de nuestros éxitos participamos, como todos los cristianos, en el misterio pascual; morimos y resucitamos con Jesús: SA 25. Y como nuestra vocación propia es vivir el misterio tras las huellas del Padre de Montfort, el cuestionamiento que nos presenta su epitafio es éste: “¿Te atreverás tú a continuar la ruta del que terminó la suya aquí? ¿No crees que para ti, discípulo del Padre de Montfort, su tumba puede ser tu cuna, un lugar donde se nace y se vuelve a nacer como monfortiano?”

5. No somos clones del Padre de Montfort; sencillamente no podemos repetir sus palabras, sus gestos, sus acciones. Tampoco somos repuestos de una máquina. Cada uno de nosotros tiene su personalidad propia, una vida y una historia única. Nacidos en un momento y lugar dados, en culturas diferentes, buscamos seguir a Jesús tras las huellas de los Apóstoles pobres. Nuestra respuesta específica a Cristo nos ha conducido a caminar juntos en esta peregrinación que, por más única que sea, ha sido inspirada por el ejemplo y las intuiciones del Padre de Montfort y de quienes le han seguido.

Esta mirada a la vida, al ministerio y al ejemplo impresionante del Padre de Montfort nos incita a mirarnos también a nosotros mismos. ¿Nos atrevemos a plantear a otros el mismo interrogante que nos hacemos mientras caminamos hoy sobre los pasos de san Luis María? ¿Nos atrevemos a preguntar a las personas con quienes vivimos y trabajamos: “¿Qué estás mirando?” ¿Quizá su respuesta daría los rasgos de un monfortiano de hoy, de un hombre que prosigue la tradición monfortiana de evangelización, de atención a los pobres, de búsqueda de Jesús que vive en María? Solo proponiéndonos un camino de

⁴ Le Crom, *Un Apôtre marial – St Louis-Marie de Montfort*, p. 234.

conversión y de formación continua podremos suscitar respuestas en las cuales Montfort se reconocerá.

Capítulo 2

EL ICONO DEL MISIONERO MONFORTIANO

*Serán apóstoles auténticos de los últimos tiempos,
a quienes el Señor de los ejércitos dará la palabra y la fuerza
para realizar maravillas.*

VD 58

6. Ya que participamos de una tradición y de una misión comunes, es posible trazar el retrato de un misionero monfortiano hoy. Este retrato nos revela los rasgos que tenemos en común y que integran el carácter único y los dones personales que cada hermano aporta a la congregación y a su misión. En medio de nuestra diversidad, encontramos un *aire de familia*, en el cual cada uno es llamado a reconocerse. Sus elementos principales son:

- la visión del Padre de Montfort;
- la vivencia y el trabajo de los hermanos que respondieron a su llamado en el curso de nuestra historia;
- la reflexión contemporánea sobre nuestra vida y misión;
- y las diversas maneras de vivir nuestra consagración de religiosos monfortianos en respuesta a las necesidades de la Iglesia y del mundo actuales.

Un icono a la vez ideal y práctico

7. El retrato de familia que de ello resulta parece más un icono que una fotografía. Un icono no es una representación precisa y realista; más bien lleva a quien lo contempla a meditar en los ideales y en las realidades espirituales que revela. De manera similar, el retrato de familia del misionero monfortiano, que presentamos a continuación, no es una pintura detallada de la realidad; tampoco pretende imponer a todos los miembros de la Compañía una forma única. Al contrario, este icono nos invita a considerar los aspectos de nuestra identidad y de nuestra herencia que exigen atención de nuestra parte. Como icono, este retrato de familia nos invita a penetrar las profundidades de su misterio y se ofrece como guía, a la vez ideal y eminentemente práctico, para nuestra vida y ministerio.

8. San Luis María llevaba consigo el retrato de quienes deseaba ver unidos a la Compañía de María. Lo describe en el Tríptico: *Súplica ardiente, Regla manuscrita y Alocución a los Asociados de la Compañía de María*. Este retrato está ratificado en nuestras Constituciones. En ellas se señala que nuestro nombre – Misioneros de la Compañía de María – nos recuerda quiénes somos: miembros de una comunidad apostólica, consagrados por el Bautismo y los votos, enviados juntos a misión, consagrados a María a quien nos confiamos: Const. 8-43⁵. La vida de los misioneros monfortianos guiados por esta imagen refleja ciertos aspectos distintivos que constituyen nuestro “*aire de familia*”. ¿Qué vemos al contemplar el icono del monfortiano apostólico de hoy? Estos son algunos de sus detalles.

⁵ Cf P.Gérard Lemire, *Identidad monfortiana*, S.G. 6/1985.

Detalles significativos

9. Los ojos fijos en la Sabiduría encarnada que viene a nosotros. Hemos sido poseídos e inflamados por Dios que nos revela un amor excesivo en su Sabiduría hecha carne en Jesús. En el misterio de la Encarnación reconocemos la invitación a estar unidos a Dios, a la vez que un mensaje de esperanza a compartir con los demás⁶. Hemos sido seducidos por un Dios que desea estar con nosotros.

10. Los oídos atentos a la respuesta de María. “El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una Virgen llamada María”: Lc 1,26-27. Jamás cesamos de escuchar el diálogo maravilloso entre el ángel Gabriel y María. ¡Es el momento de la historia en el cual todo está en juego! Entonces, por iniciativa de Dios, el Verbo se anonada para venir a nosotros. Entonces, Dios escoge hacerse débil y vulnerable y depender de una mujer que puso su confianza en las promesas divinas. Entonces, María responde libremente, pronunciando su “sí” que permite al Verbo de Dios hacerse carne en ella.

11. Un corazón consagrado a Jesús y confiado a María. La fascinación que sobre nosotros ejerce el amor de Dios, encarnado en Jesús gracias al consentimiento de María, nos incita a responder. Ella suscita en nosotros el deseo de consagrarnos a la Sabiduría encarnada y la opción de dejarlo todo para seguir a Jesús. Nuestra vocación de monfortianos es una apropiación consciente de nuestra consagración bautismal, expresada de manera más particular por los votos de nuestra consagración religiosa. Ofrecemos nuestros corazones y nos ofrecemos nosotros mismos a Cristo Jesús, sin reservas.

12. Nuestra consagración monfortiana nos sitúa en el dinamismo trinitario, amor que es don de sí, que motiva y matiza todas nuestras acciones. Día tras día, nos entregamos a Dios que nos dio a su propio Hijo. Vivimos “a la luz y al fuego del caminar cotidiano de una existencia enteramente consagrada a Jesús, Sabiduría eterna y encarnada, por manos de María”⁷. Nos dejamos formar por el Espíritu Santo en María, que es el molde en el cual son formados los discípulos. Nuestra consagración influencia nuestra misión, nuestra vida en común, nuestra oración, nuestra manera de afrontar los retos y las dificultades de la vida, y nuestra forma de denunciar proféticamente el mal en el mundo.

13. Confiamos nuestros corazones a María a quien reconocemos como nuestra Madre y Modelo. De ella aprendemos a vivir como discípulos y dejamos que ella guíe nuestros pasos⁸. “La devoción a María es parte integrante de nuestra vida espiritual y de nuestro apostolado”: Const. 39. María es la divina montaña en la cual moramos. Allí aprendemos con ella a orar, a escuchar a Cristo y a penetrar en el misterio de su muerte y de su resurrección: SA 25. Ella es nuestro punto de referencia, que actúa en cada etapa de nuestra vida⁹. Como ella, aprendemos a abandonarnos en la divina Providencia: SA 24; RM 16-17, y a buscar el espíritu de pobreza: ACM 6-11.

⁶ Cf P. William Considine, *El Carisma espiritual y apostólico de san Luis María y los Misioneros monfortianos de hoy*, S.G. 01/2001, 0.6.

⁷ *Ibid.* 0.9.

⁸ *Ibid.* 1, O....

⁹ Cf *Ibid.* 1, 1-1.3.

14. El Evangelio en la boca. Hemos sido llamados a ser los hijos de María que preveía el Padre de Montfort: “Serán fuego encendido, ministros del Señor que prenderán por todas partes el fuego del amor divino... Serán los apóstoles auténticos de los últimos tiempos a quienes el Señor de los ejércitos dará la palabra y la fuerza para realizar maravillas”: VD 56, 58. El nos veía abandonados al Espíritu, “con la antorcha brillante y encendida del santo Evangelio en la boca”: SA 12, y creciendo día tras día en nuestra capacidad de predicar de la abundancia del corazón: SA 22; RM 60. El Espíritu es quien pone en nuestros corazones el deseo de evangelizar por la palabra y el ejemplo.

15. Con las manos levantadas en oración. Nuestra plegaria apostólica es un medio significativo e importante de formación: SA 21; RM 28-33. Escuchamos al Padre de Montfort que nos pide penetrar más profundamente en la contemplación de la Palabra de Dios meditando las Escrituras y saboreando los misterios de la salvación. Nuestra oración personal y comunitaria encuentra su fuente y su culmen en la celebración de la Eucaristía, en la cual unimos nuestra ofrenda a la que Jesús hace de sí mismo. Dios es el corazón de nuestra peregrinación cotidiana y la oración de la Liturgia de la Horas ordena el ritmo de nuestra acogida a su presencia. El Rosario, plegaria cristocéntrica y contemplativa, nos conduce a la profundidad de todo el mensaje evangélico¹⁰. Es una plegaria anclada en la tradición y al mismo tiempo abierta a la creatividad.

16. Nuestra oración apostólica está matizada por nuestra consagración monfortiana y las preocupaciones de las personas que servimos en nuestra misión. Buscamos modelos de oración que favorecen una mayor intimidad con Dios y nos transforman en mejores discípulos de Jesús. Nuestra oración apostólica es la que nos permite imitar al Padre de Montfort, uniendo en nuestro corazón el fuego del místico y el celo del apóstol.

17. De pie ante la Cruz. Hacemos parte de la pequeña comunidad que estaba con María al pie de la Cruz y que luego se convirtió en la escuela de la Sabiduría. Como el Padre de Montfort, no somos extraños a la Cruz de Cristo. Amigos de la Cruz, las piedras vivas, prontas a dejarse tallar y cincelar por el martillo de la cruz: AC 28. Esta disponibilidad nos enseña la sabiduría del amor que conduce al despojo de sí: Fil 2, 1-11. Hacemos la experiencia de la cruz aceptando los retos que encontramos en las sendas de nuestras vidas.

18. La aceptación de la cruz de Cristo nos permite vivir y predicar de manera profética, sin tener los estorbos de los caminos del mundo. Es también la vía para encontrar la verdadera Sabiduría: RM 37-39; ASE 180. Participamos de la cruz de Cristo cuando combatimos las promesas de las falsas sabidurías del mundo con la verdad de la Sabiduría eterna y encarnada. Nuestra predicación y nuestra acción denuncian la injusticia y el egoísmo que oprimen a tantas personas. Nuestra cercanía a quienes servimos, nuestra comunión con los que sufren y nuestra atención especial a los pobres: RM 2, 50, nos llevan a reconocer el misterio de la cruz en su vida.

19. Mirar anticipadamente una Iglesia reformada y un mundo renovado. Estamos convencidos: el mensaje de Jesús que proclamamos puede transformar al mundo actual, mundo en búsqueda de verdad, de libertad y de paz, para superar el capricho, la codicia y

¹⁰ Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae*, Octubre 2002, 1.

la violencia en que está demasiado encerrado. Nuestro anuncio del Evangelio se dirige también a quienes tienen necesidad de escucharlo de manera nueva. Tratamos de responder al llamado de la Iglesia a una nueva evangelización y, siguiendo los pasos del Padre de Montfort, que recibió esta misión del Santo Padre: RM 56, por la renovación de las promesas bautismales, construimos una comunión cada vez más profunda entre los miembros de la Iglesia.

20. Libres, como aquellos cuyos pasos son guiados por el Espíritu Santo. Con plena libertad, confiamos el cuidado de nuestra formación al Espíritu Santo y a María, su fiel Esposa: SA 15. Llamados a vivir la libertad de los hijos de Dios, nos esforzamos por llegar a ser los hombres libres, descritos por el Padre de Montfort: hombres libres como nubes levantadas de la tierra y llenas de celestial rocío, que vuelen sin obstáculos por todas partes al soplo del Espíritu Santo”: SA 9; 7-12; RM 6. Estamos listos a “salir de Jerusalén” como los Apóstoles, para que la Buena Noticia de Jesús se pueda escuchar hasta los confines de la tierra. Nuestra movilidad nos hace disponibles y nos impide apegarnos a nuestras propias realizaciones. Nos ofrece también un camino espiritual de desprendimiento que nos permite ponernos en camino, reconociendo nuestra propia pobreza y nuestra confianza en la divina Providencia. Estamos prestos a partir: SA 10; RM 6, para llevar la Buena Noticia donde la necesitan y lo hacemos juntos.

21. Partir con otros a proclamar la Buena Noticia de Cristo a los pobres. Por nuestra consagración de religiosos monfortianos participamos en la misión de Jesús, enviado a proclamar la Buena Nueva a los pobres. Predicamos la historia de la salvación y el papel de María en ella. Lo hacemos juntos, como comunidad, listos a ir donde aguardan las gentes sedientas de esperanza. Convencidos de que el Padre de Montfort ofrece una perspectiva evangélica de la cual el mundo puede beneficiarse mucho, compartimos las riquezas de nuestra herencia espiritual con nuestros asociados y con otros laicos¹¹.

22. Somos un grupo diversificado de hermanos venidos de numerosas naciones y culturas: SA 18, y dispuestos siempre a trabajar juntos en congregación. Formamos una compañía de palomas portadoras de paz y de águilas reales, un enjambre de abejas laboriosas, una manada de ágiles ciervos, un escuadrón de leones valerosos, un ejército bien disciplinado, como lo imaginó y por el cual oró el Padre de Montfort.: SA 18, 29. Nuestra unidad en medio de nuestras diferencias es un testimonio¹² en un mundo desgarrado por los conflictos, las divisiones y la intolerancia.

23. Un icono de esperanza. Nuestra experiencia de Dios, la vivencia de nuestra consagración y nuestra participación en la misión de la congregación nos llaman a formar “el pequeño rebaño” que se liberó del miedo y que vive una gran esperanza: ACM 1-3, 5. Esta esperanza nos permite afrontar las ambigüedades y dificultades de nuestra época y asumir riesgos para realizar grandes cosas por Dios.

¹¹ P. Gérard Lemire, *Las exigencias actuales de la formación*, S.G. 04/1989, 2.3.

¹² P. Gérard Lemire, *Carta circular con ocasión de la fiesta de Montfort*, S. G. 02/1990.

Mirando el icono del monfortiano

24. Esta es a penas una mirada rápida sobre algunos detalles del icono de los misioneros de la Compañía de María. Los rasgos son los de san Luis María de Montfort, los colores son los de los hermanos que han acogido esta manera de vivir desde hace trescientos años, y la luz que lo ilumina es un don de Dios y de su Providencia.

25. Este icono atrae nuestra atención sobre los iconos vivientes, iconos de carne y sangre, que han aceptado ser formados por la espiritualidad y el carisma de Montfort en tiempos y lugares diferentes. Este icono nos invita a salir y a emprender la ruta de la conversión y de la misión; nos guía en nuestra empresa de formación.

26. “¿Qué estás mirando, caminante?” ¿Qué ves mientras fijas tu mirada en el icono escrito por el Padre de Montfort? ¿Ves algún rasgo de ti mismo, algo de lo que eres o esperas llegar a ser? ¿Ves una imagen de lo que somos y de lo que, juntos, podemos llegar a ser? ¿Ves en el icono de nuestro fundador, el icono del monfortiano de hoy, el de la Compañía de Misioneros que Montfort deseó con tanto ardor?

Guiados hoy por este icono

27. Un icono no es un espejo. No refleja simplemente nuestro rostro como es. Un icono nos invita más bien a contemplarlo y a dejarnos llevar a sus misterios y a sus posibilidades. Si dejamos que el icono se impregne en nosotros, no nos quedaremos en el reino de los sueños estériles y de los votos piadosos. El poder del icono es pues práctico. Podemos dejar que él guíe nuestras decisiones y nuestras acciones acostumbradas. Él puede servir a la vez de valla de señalización y de mapa de ruta para la peregrinación de nuestra vida. Los elementos del retrato de familia forman una constelación que nos ayuda a orientar nuestro viaje.

28. El Padre de Montfort tomó su tiempo para crecer y llegar a ser lo que fue. Lo logró pasando por períodos de búsqueda, de cuestionamiento, de rechazo y de incompreensión. Vivió también intensos períodos de oración. Según las modalidades del proyecto de Dios, nosotros hemos sido invitados a vivir una experiencia similar de crecimiento hacia nuestra realización final. En cada etapa de nuestra vida, la formación nos ayuda a ser de manera más perfecta lo que somos: Misioneros de la Compañía de María, llamados a trabajar juntos en la misión tras los pasos del Padre de Montfort.

29. Cada uno de nosotros, con su personalidad, con las cualidades y limitaciones que le caracterizan, se encuentra en este icono. Unos cohermanos van a reflejar de manera luminosa algunas de estas características, mientras que otros destacarán otras. La conquista gradual de la propia identidad y el mutuo testimonio provocan a unos y otros a la fidelidad. Así es como –juntos– formamos la imagen completa.

30. Evidentemente nos corresponde encarnar y hacer vivo este icono en las circunstancias particulares en que vivimos y trabajamos. Este proceso enriquecerá la imagen del misionero monfortiano hoy. Y más allá de las barreras de la lengua, de la cultura y de las distancias geográficas, cada uno de nosotros podrá encontrar en el otro el aire de familia que nos caracteriza. Por eso continuamos nuestros esfuerzos para asemejarnos a la

imagen concebida por el Padre de Montfort, para que él reconozca en nosotros los discípulos que tan intensamente deseaba, que esperaba y por los cuales oraba con tanto ardor¹³.

Capítulo 3

EL CAMINO DE LA FORMACION PERMANENTE

Conocer, gustar y hacer gustar a las almas la verdad.

RM 60

Hacerse Apóstol Monfortiano:

Un empeño de transformación continua

31. El icono del misionero monfortiano contiene varios objetivos prácticos. Puede ayudarnos a desarrollar una imagen clara de lo que somos y de lo que estamos llamados a ser en el mundo de hoy. Puede guiar nuestros pasos en la formación permanente. Puede favorecer la valoración de un proceso monfortiano de discernimiento de nuevas vocaciones. Puede crear un sentido más agudo de comunión entre hermanos de diversas culturas.

32. Si, cada día, hacemos de nuestra vida un camino de conversión para llegar a ser los discípulos que el Padre de Montfort deseó, seremos testigos del Evangelio que más y más se asemejarán a Cristo.

33. La vida consagrada monfortiana es un itinerario de configuración al Señor Jesús, Sabiduría eterna y encarnada. Es una asimilación progresiva de sus sentimientos hacia el Padre¹⁴. Este ideal evangélico y monfortiano sólo se alcanza si se acepta comprometerse en un recorrido de formación radical y total, el único medio verdadero de transformar la persona.

34. Esta transformación, que se realiza en una vida de formación continua, es global. Totalidad y armonía hacen al *hombre apostólico*. La formación continua monfortiana abarca el desarrollo de toda la persona. Cada etapa de formación y cada experiencia educativa deberían estimular un crecimiento armonioso de toda la persona, en todas sus dimensiones. Entonces estaremos preparados para afrontar la sana tensión que encontramos en las diversas exigencias de nuestra madurez en Cristo.

35. Esta transformación se produce en el tiempo. Hace descubrir la “juventud del espíritu que permanece en el tiempo” y las diferentes estaciones de la vida; “está ligada al hecho de que el individuo busca y encuentra, en todas las etapas de su vida, una tarea diferente que cumplir, una manera específica de ser, de servir y de amar”¹⁵. “Puesto que

¹³ William Considine, *Profesión temporal y perpetua. Del noviciado al compromiso definitivo*. S.G. 02, 1998, 10. 20.

¹⁴ *Vita Consecrata* 65.

¹⁵ *Vita Consecrata*, 70.

tiende precisamente a la formación de toda la persona, es claro que la tarea de la formación nunca termina”¹⁶.

Llegar a ser un auténtico monfortiano en el mundo real: Dimensiones y aspectos de la formación monfortiana

Formación para una vida consagrada específicamente monfortiana

36. Debemos estar unidos por un mismo carisma y por una misma espiritualidad. En la congregación, cada hermano está invitado a una trayectoria de formación a lo largo de la cual llega a ser cada vez mejor el monfortiano que deseaba nuestro fundador. Este caminar incluye la apropiación continua de nuestra espiritualidad, con la ayuda de una reflexión asidua sobre las obras del Padre Montfort, los ejemplos de su vida, la historia de la congregación, y el testimonio de los hermanos. Esta reflexión se hace a la luz de las culturas y de las preocupaciones contemporáneas. Con el apoyo de los superiores: de las entidades y comunidades, y de los formadores, los hermanos deben ser ellos mismos los iniciadores de su apropiación de la vida monfortiana. Ellos son los primeros responsables de su profundización a lo largo de toda su vida.

37. Por el estudio y la práctica de nuestras *Constituciones* y de la *espiritualidad heredada de nuestro fundador* podremos asimilar lo que es propio de nuestro instituto, hasta adoptar el *estilo monfortiano característico*. Este no se aprende solamente por el estudio de reglas y de normas; es el resultado de una experiencia comunitaria, de una frecuentación asidua de la vida del fundador y de nuestra tradición. Es el resultado de una integración fraterna entre los hermanos de mayor experiencia y los nuevos. Es el fruto de un aprecio continuo a nuestro sentido de pertenencia a la congregación.

38. Como todos los que son enviados a proclamar la Buena Noticia, estamos *a la escucha permanente de la Palabra de Dios en las Escrituras*, y llevados así a meditarla, contemplarla y proclamarla. Nuestro estudio regular de la Biblia está evidentemente inspirado por la veneración que le profesaba el Padre de Montfort y por el deseo, que compartimos con él, de partir el pan de la Palabra con nuestros hermanos y hermanas.

39. Entre los textos sagrados, ciertos pasajes clásicos son piedras de toque de la formación monfortiana. Mencionemos, entre otros, el relato de la Anunciación: Lc 1, 26-38, el Cántico de María: Lc 1, 46-55, la meditación de san Pablo sobre al Sabiduría de la Cruz: 1Co 1-2 y el himno del anonadamiento y de la exaltación de Cristo Jesús: Fil 2, 1-11. Prestamos también atención particular a la herencia de la literatura sapiencial del Antiguo Testamento.

40. Como el Padre de Montfort, todo lo hacemos *en comunión con la Iglesia*. Seguimos pues fielmente las directivas generales de la Iglesia universal y local para la formación de los religiosos y de los sacerdotes. Integramos en los diferentes programas propuestos, de manera orgánica y progresiva, los elementos específicos de nuestro carisma y de nuestra espiritualidad.

¹⁶ *Vita Consecrata*, 65.

41. Después de la tradición escriturística y eclesial, los ejemplos y las intuiciones de san Luis María de Montfort ocupan un lugar central en nuestra tradición. Nuestra formación específica se inspira evidentemente en sus escritos. Para nosotros, son *clásicos*, obras capitales llenos de sentido cada vez que los leemos. En ellos descubrimos nuestra razón de ser y nuestra misión particular. La trayectoria de nuestra formación se guía especialmente por nuestra *Regla fundamental, el Tríptico*. La vida del Padre de Montfort, como la de nuestros hermanos a lo largo de toda nuestra historia, influye y aclara nuestro estudio y nuestra inspiración. Una mirada al tenor de vida del Padre de Montfort y su manera de ser obrero apostólico nos da una preciosa clave de lectura para sus escritos e ilumina los caminos que él personalmente recorrió en su vida espiritual profunda y los que propuso a los demás.

42. Para desarrollar una manera específicamente monfortiana de responder el llamado a la vida consagrada, el candidato debe recibir desde el comienzo un conocimiento adecuado de la vida consagrada y de la vida monfortiana simultáneamente. Necesita pues un período suficiente que le permita probar su disponibilidad a esta manifestación particular de la gracia de Dios, y también familiarizarse con el estilo propiamente monfortiano marcado por una espiritualidad particular y unas modalidades de vida religiosa apostólica y comunitaria. Cuando haya desarrollado su capacidad de decir “sí” sin reserva, siguiendo a María en su “sí” y tras los pasos del Padre de Montfort, podrá dedicarse él mismo al seguimiento de Cristo para ser, con él y por él, enviado a evangelizar. Luego, en la vida apostólica, unido en un solo corazón con sus hermanas, formando una comunidad alrededor de Jesucristo, a imagen de los Apóstoles junto a María, se esforzará por afirmar su fidelidad que hará de él un testigo auténtico del Reino.

43. Nuestro fundador nos quiso *congregados de diversas naciones – “reúnenos de entre las naciones”*: SA 18 – y *unidos por nuestra consagración religiosa monfortiana*. Su plegaria fue escuchada. Hacemos parte de una congregación internacional y multicultural. Entre nosotros pues, la formación se sitúa siempre en esta perspectiva. Ella amplía nuestros horizontes y, más allá de nuestra provincia o delegación, resalta nuestra pertenencia a la congregación entera. Nuestra apertura a otras culturas y a otras lenguas es indispensable para la unidad de comunidad apostólica internacional, y sólo tal apertura nos permite aprender los unos de los otros.

44. A fin de asegurar la unidad de pertenencia a la Compañía, la formación de base ofrecerá sustancialmente el mismo contenido para todos, sacerdotes y hermanos. Es evidente que los miembros de estas dos categorías no tendrán que realizar de la misma manera su parte en la misión: a cada uno se darán pues los elementos específicos necesarios para el cumplimiento eficaz de sus funciones.

45. La familia monfortiana ampliada comprende las Hijas de la Sabiduría, los Hermanos de san Gabriel, algunos Institutos seculares y nuestros Asociados. Esta gran familia constituye un grupo diversificado con el cual compartimos nuestra herencia y con el cual podemos colaborar para ciertos aspectos de la formación.

46. Puesto que nuestra trayectoria es específicamente monfortiana, tiene sus raíces en el mundo real: concierne a la persona en su totalidad: desarrollo humano integrado con el crecimiento espiritual y la formación intelectual y cultural, y tiene como objetivo la acción apostólica.

Una formación anclada en la realidad

47. Las personas que nuestra misión nos llama a encontrar están enormemente afectadas por los retos, las inquietudes, las decepciones y las esperanzas del mundo actual. Nuestro mensaje se dirige a quienes viven las alegrías y las cargas de la vida cotidiana. En este contexto, si queremos de verdad ser significativos y *creíbles*, si queremos, como el Padre de Montfort, responder a las “*necesidades de la Iglesia*”: C 5, nuestra formación no se ha de limitar a las disciplinas teológicas o espirituales. Necesitamos comprender los cambios que afectan al mundo en el plano social, cultural, político, económico, técnico,... Nuestra formación ha de tener en cuenta los intereses del mundo actual y la evolución que en tales dominios se produce. Nos es preciso, pues, comprender bien que tales eventos en curso afectan las personas a las cuales servimos y el mensaje que proclamamos.

48. Al interior de este mundo real, con todas sus expectativas y dificultades, buscamos ser *libres* con la libertad de los hijos de Dios: SA 7, conformados con Cristo, Sabiduría encarnada en María y Apóstol del Padre, capaces de distinguir la verdadera Sabiduría de las falsas sabidurías.

Formación de la persona en su totalidad

Crecimiento y madurez humana – Libres con la libertad de Dios

49. La formación humana es determinante para la vida religiosa y sacerdotal. La persona consagrada es llamada a una libertad que le permitirá tejer relaciones humanas serenas y leales consigo misma, con los otros y con Dios, lo que la hará apta para captar las dificultades y los problemas de las gentes y para suscitar el diálogo y la colaboración con todos¹⁷. De hecho todo ser que se considera *humano*, todo creyente, debe proponerse adquirir esta libertad. Ella es pues tanto más esencial en quien hace profesión de reflejar a su alrededor el amor gratuito de Dios. Desde el comienzo y durante toda su vida, el religioso debe adquirir y alimentar una auténtica madurez, que lo hará un ser profundamente humano, una persona equilibrada, capaz de comprometerse de verdad en la misión, capaz de amar desinteresadamente y de hacer bien al prójimo: SA 21.

50. Aprender a adquirir un sano equilibrio de vida es una tarea importante del desarrollo humano. El monfortiano que crece en capacidad de asegurar el cuidado de su salud física, psicológica y espiritual, mantiene una administración prudente de los dones recibidos de Dios para ponerlos al servicio de los otros. Consagrando el tiempo necesario al trabajo, al estudio, a la oración, al descanso y a la amistad, seremos predicadores ardientes y auténticos de la Buena Noticia de Jesucristo. “Por la conversión que exige nuestra consagración, podemos conservarnos plenamente animados, y rendir así gloria a Dios:

¹⁷ *Pastores dabo vobis*, 43.

“La gloria de Dios consiste en que el hombre viva y la vida del hombre consiste en la visión de Dios”: Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, Oficio de lectura, Junio 28”¹⁸.

51. La atención al crecimiento humano tendrá necesariamente diferentes características según las diferentes etapas de la vida. La aproximación se adaptará pues a la etapa que cada uno viva.

52. El joven deberá ante todo probar su madurez, buscando el pleno conocimiento de sí mismo en la perspectiva de una opción responsable y libre. Para ello se le ha de ayudar a descubrir su capacidad de autonomía lo mismo que sus posibilidades y sus limitaciones. Igual se hará respecto de su capacidad de relación y de colaboración con los otros. Se prestará atención muy particular a las dimensiones psicológicas y afectivas de la persona y a su capacidad de fidelidad a largo plazo.

53. A medida que avance en edad, el monfortiano continuará la profundización de estas dimensiones a la luz de nuevas exigencias, para llegar a amar con un corazón de verdad libre. Velará pues para estar constantemente activo en el desarrollo de las virtudes necesarias a la vida común y de las cualidades humanas que le permitirán ser testigo luminoso de la humanidad de Cristo.

54. Es necesario aprender desde la juventud *el arte de envejecer* conforme al hilo conductor del amor apasionado del Padre y de nuestros hermanos. Para nosotros monfortianos esto se realiza en la consagración total a Jesús por María. En este camino de fidelidad, particularmente en los momentos de crisis, el hermano podrá encontrar ayuda de tipo profesional o especializada, en la congregación o fuera de ella. Pero no hay que olvidar el apoyo y la inspiración que encontrará a su alrededor entre sus hermanos. Por ejemplo, el monfortiano mayor que ha sabido envejecer de manera ejemplar, que ha sabido progresar en el camino de la sabiduría y de la libertad de espíritu, que aprendió de la vida a superar tal o cual acontecimiento, que aprendió a mirar con cierto desprendimiento la realidad misma de la muerte, él podrá comunicar, aún sin saberlo, una gran lección de vida a los hermanos y a la comunidad que la sabrán apreciar.

Crecimiento espiritual: conformados con Cristo, Sabiduría encarnada en María y Apóstol del Padre.

55. A lo largo de toda su formación, el religioso vive un itinerario espiritual que le permite ser cada vez mejor discípulo de Cristo, en unión e incorporación creciente con él. Se trata de tener progresivamente los sentimientos de Cristo y de participar más profundamente en su oblación al Padre y a su servicio fraterno de la familia humana”¹⁹. Por un esfuerzo constante de conversión hecho en docilidad a la acción del Espíritu Santo, la formación espiritual nos propone los objetivos siguientes:

- Renovar cotidianamente nuestra consagración monfortiana, aspecto central de nuestra vida espiritual;
- consolidar nuestra experiencia de comunión con Dios profundizando entre nosotros

¹⁸ “Abran a Jesucristo”, *Sabiduría eterna y encarnada*. Carta de los Capitulares, Ariccia, 1999, 39.

¹⁹ *La enseñanza de la Iglesia sobre la vida religiosa*, elementos esenciales, SCRIS, 1983, 45.

la *sequela Christi o seguimiento de Cristo*, y nuestra intimidad con él, Sabiduría encarnada, conocida, buscada y amada²⁰;

- Conformarnos con el corazón de Cristo, Pastor, Sacerdote y Servidor del Padre;
- Entregarnos al servicio de María para estar más perfectamente al servicio de Cristo: Const. 34²¹;
- Ser cada vez más *libres, desapegados de todo, abandonados a la Providencia, siempre listos a correr* al soplo del Espíritu Santo: SA 7-9;
- Prepararnos a buscar a Cristo en nuestros hermanos y hermanas con atención preferencial por los más pobres, en la autenticidad de la caridad pastoral: Const. 51c, 52;
- Asegurar la unificación interior.

56. En el curso de la primera etapa de su formación, el joven candidato deberá asegurarse de adquirir la madurez cristiana que proviene del encuentro personal con Cristo y conduce a una respuesta más profunda en la fe vivida y expresada en una experiencia consciente de los compromisos del Bautismo. Esto es esencial para que pueda pasar a una experiencia personal y profunda del amor único y totalizante de Dios en conformidad con Cristo casto, pobre y obediente, amor que lo mantendrá disponible al Espíritu en la dinámica pascual y le permitirá *dejarse instruir* por los cuidados maternos de María.

57. Toda su vida adulta será un esfuerzo para asumir siempre más profundamente los sentimientos de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. Su diligencia constante de conversión, de afirmación de la intimidad con la Sabiduría eterna y encarnada, su entrega al servicio de Cristo como María: Const. 34, lo harán entrar en el dinamismo trinitario, hasta el “Dios sólo”.

58. La solidez de su formación espiritual será, para el monfortiano, lo que le salve en los períodos difíciles; le permitirá reencontrar, a la luz del Evangelio y de las inspiraciones del carisma, las motivaciones de opción personal. Hará que capte de manera más profunda la sabiduría de la cruz. Le dará el valor de emprender de nuevo la ruta de la conversión, de “reencontrar el primer amor”²².

Formación intelectual y cultural: poder discernir la verdadera sabiduría

59. Vivimos en un mundo saturado de mensajes, de voces, de enfoques diversos de la vida, que se autoproclaman caminos de la sabiduría. La formación intelectual y cultural desarrolla nuestra capacidad para pensar claramente y de manera crítica, a fin de poder comprender tales mensajes y sus pretensiones. Una formación intelectual sólida y el conocimiento de las culturas son instrumentos esenciales: iluminados por la fe y guiados por la gracia divina, nos permiten distinguir entre la falsa y la verdadera sabiduría.

²⁰ *Ratio Institutionis Montfortiana*, 1987, 67 a y b.

²¹ *Ibid.* 11.

²² *Repartir de Cristo*, 22.

60. La formación intelectual es una respuesta a las exigencias de la Encarnación en la complejidad de la vida moderna; prepara para afrontar el reto que la Iglesia debe encarar en esta época de *nueva evangelización*. Por nuestra consagración religiosa, somos llamados a “dar testimonio de la esperanza que hay en nosotros”: 1 P 3, 15, y lo haremos proclamando al hombre de hoy de manera creíble el Evangelio inalterable de Cristo²³. La formación filosófica y teológica apuntará a la adquisición y actualización de las actitudes y competencias necesarias para la misión de evangelización que la Iglesia ha confiado a la Compañía de María. Se tratará pues de integrar tales estudios en el itinerario espiritual que nos llevará a la inteligencia del corazón.

61. La atención al misterio de la Encarnación nos hará siempre más sensibles al contexto en el cual evangelizamos y en el cual las gentes viven su fe. En consecuencia, nos esforzaremos sin cesar por comprender las culturas en las cuales vivimos y ejercemos nuestro ministerio; de esta manera predicaremos el Evangelio en forma comprensible. Somos llamados a respetar la gracia de Dios que actúa ya en las culturas locales y a descubrir el modo de inculturar nuestra espiritualidad en otros lugares y épocas. La atención a la cultura nos conducirá a ser críticos frente a ciertos aspectos que necesitan ser evangelizados y transformados.

62. En nuestro mundo globalizado, es fácil perder el sentido crítico. Se puede llegar a no distinguir ya el bien del mal; a perder de vista el plan de Dios. Para conservar sabia posición crítica, el monfortiano ha de tener en cuenta sus propias raíces y permanecer libre ante las mismas. De esta manera, desarrollará el arte de un sano discernimiento que le hará amar y escoger, con claridad, la verdadera Sabiduría de Jesucristo.

63. El misionero monfortiano se ha de mostrar atento a los interrogantes del hombre de hoy. Por el estudio, iluminado con la oración y abierto a la inculturación, se esforzará por adquirir las aptitudes y competencias que lo habilitarán para cumplir bien el mandato de evangelización que la Iglesia y la congregación le hayan confiado; podrá así anunciar, *de la abundancia del corazón*, el amor y la salvación de Dios en Jesucristo: RM 60.

Formación para una vida activa y apostólica

64. La formación continua tiene por objetivo ayudar a comprometer siempre más en la misión que nos ha sido confiada. La dimensión apostólica es un elemento vital de la vocación monfortiana: Const. 6. Por eso toda la formación para la vida apostólica en nuestra congregación tiene por meta formar *al misionero* de la Compañía de María. Estamos comprometidos en un proceso de formación, “para el espíritu apostólico”: RM 12, a lo largo de toda nuestra vida.

65. Como la congregación misma, la formación monfortiana está “al servicio de la misión”: Const. 7. el aspecto misionero es por tanto el elemento primordial del proceso todo como en cada una de sus dimensiones. Cada uno de nosotros tiene pues que:

- desarrollar su propia personalidad “tras las huellas de los Apóstoles pobres”:
RM 2;
- profundizar la experiencia personal de Dios dejándose guiar por el Padre de

²³ *Pastores dabo vobis*, 51.

Montfort²⁴;

- practicar la vida religiosa en la observancia de los consejos evangélicos para vivir al estilo de los Apóstoles²⁵: Const. 77²⁵;
- desarrollar una actitud de disponibilidad y responsabilidad frente a las necesidades apostólicas;
- cultivar una formación teológica y espiritual sólida para estar siempre y en todas partes en capacidad “de anunciar el amor y la salvación de Dios en Jesucristo” a los hombres de nuestro tiempo²⁶.

66. Para estar verdaderamente al servicio de la misión monfortiana, la formación integra sus cuatro elementos cumulativos y no dissociables: evangelización, María, desinstalación y actuar juntos: Est. 7b. Estos aspectos esenciales de nuestra misión constituyen el telón de fondo de toda nuestra formación.

67. La formación para la vida apostólica no puede reducirse a un simple aprendizaje de algunas técnicas pastorales. Sosteniendo el desarrollo de una manera de ser conforme con los sentimientos de Cristo, el Enviado del Padre, la formación tiene por objetivo dar valor a una comunión cada vez más profunda con la solicitud pastoral de Cristo.

68. Según el ejemplo de nuestro fundador, el monfortiano ha de crecer en el amor de la Iglesia y en la comunión de pensamiento con ella²⁷. Lo hará sometándose de buena gana a la autoridad de sus pastores: RM 22, en primer lugar al Santo Padre, por quien nuestro fundador tenía una veneración a toda prueba: CT 147. A sus pies fue a buscar la luz para su propia misión, y a su envío ligó la misión de la Compañía de María: RM 56²⁸. En fin, para hacer más eficaz su ministerio apostólico, el monfortiano pondrá su atención también en dejarse evangelizar por la comunidad de los fieles, sobre todo por los más pobres, buscando siempre hacer preceder su anuncio de la Palabra por el testimonio de su adhesión a la persona de Jesús.

69. El monfortiano es un *misionero*. Desde un principio, el candidato debe sentir profundamente y cultivar el deseo de comunicar a Cristo, con un celo y una pasión que se intensificarán a medida que avanzará en el conocimiento de la vida y obras de san Luis María y de la tradición monfortiana. Luego hará suyos los proyectos y realizaciones de la Compañía, de la Iglesia local y de su comunidad. Buscará alcanzar el equilibrio y la sabiduría del hombre apostólico, sabiendo asumir entre, otras cosas, las tensiones que existirán siempre entre la actividad misionera y la vida comunitaria apostólica.

²⁴ *Ratio Institutionis Monfortiana*, 1987, 67a.

²⁵ *Ibid.* 76b.

²⁶ *ibid.* 72.

²⁷ *Potissimum Institutioni*, 19.

²⁸ Recordemos el viaje de Montfort a Roma en 1706. El Cántico 147 podría ser objeto de toda una reflexión sobre el tema.

*Los príncipes, religiosos,
Pequeños, grandes, jóvenes, viejos
Sólo tienen que volver a él sus ojos
Para ver el camino del cielo.* CT 147, 7.

70. El monfortiano dedicará particular atención a los períodos de transición, sobre todo al paso del período de formación inicial al de la vida apostólica activa y de formación permanente. En tales momentos, es particularmente importante contar con un guía o consejero que ayudará a enfrentar el cambio de situación y a mantener muy vivo el deseo de renovarse.

71. Estamos en el trayecto de la formación para la vida apostólica en diferentes edades de la vida. Nuestra capacidad de comunicar, más allá de las diferencias generacionales, añade riqueza y profundidad a nuestra vida y misión. Los profesos de votos perpetuos, en formación continua, pueden compartir con los más jóvenes su experiencia de la vida, su sabiduría, su conocimiento de nuestra espiritualidad, sus formas de trabajar. Los hermanos en formación inicial aportan su entusiasmo, visiones y energías nuevas. A su vez, deben hacer suya una historia que comenzó antes que ellos y aprender el sentido de la fidelidad duradera. Nuestro compartir con los unos y los otros constituye un aspecto esencial y dinámico de nuestra vida comunitaria apostólica.

72. A cualquier edad, e independientemente de las diversas fases de la vida, pueden presentarse situaciones críticas. Ellas pueden ser provocadas por factores externos: cambio de comunidad o de actividad, dificultades o desaciertos apostólicos, incomprensión, marginación, y – para algunos – el fin de un mandato en el cual la persona ha ejercido la autoridad,... Tales situaciones pueden ser causadas también por factores más estrictamente personales: enfermedad física o síquica, fuertes tensiones, crisis de fe o de identidad, conflictos, sentimientos de menosprecio,... Siguiendo los pasos del Padre de Montfort, el hermano que vive una prueba tal puede llegar a lograr la purificación y el despojo como de los actos esenciales del *seguimiento de Cristo* crucificado y, de hecho, como parte constitutiva de su apostolado. En tal experiencia se puede ver un instrumento de formación en manos del Padre; se puede ver en ello una lucha no sólo psicológica, sino también espiritual, marcada cada día por la presencia de Dios y el poder de la cruz.

Cuando la fidelidad se hace difícil, hay que ofrecer a la persona el apoyo de una confianza incrementada y de una amistad más profundamente sentida. Es ante todo necesaria la cercanía amigable del superior. La ayuda calificada de un hermano puede también constituir un gran consuelo.

La formación permanente: un camino a recorrer cada día

73. La sola manera de hacer esta peregrinación es salir de donde estamos para marchar hacia donde queremos ir. La formación permanente nos compromete a movilizarnos y actuar. Necesitamos algo más que buenas intenciones; debemos ponernos en camino y arriesgarnos concretamente a dar algunos pasos. Nuestra jornada comprenderá siempre la lectura, la oración, la escucha, la práctica de nuevas formas pastorales...

“¿Qué estás mirando, caminante?” ¿A dónde deseas ir? Guiados por el icono del discípulo de Montfort, atentos a las necesidades reales del mundo, y conscientes de que nuestra vida monfortiana misma debe ser un signo, vemos en nuestra formación continua un camino en el cual estamos siempre listos a comprometernos y a marchar.



SEGUNDA PARTE

UN CAMINO POR RECORRER

EL PROCESO DE LA FORMACION

*Todos los días doy a luz a los hijos de Dios,
hasta que se asemejen a Jesucristo, mi Hijo,
en madurez perfecta*

VD 33

74. Es importante recordar siempre que el proceso de la formación inicial está asociado a la realidad primera de la formación continua. Es preciso no subestimar esta perspectiva. La formación continua no es simplemente lo que sigue a la formación inicial, sino aquello que la precede y la hace posible, es una idea generadora, o la entraña creadora que la protege y le da su identidad.

75. La formación continua no es tampoco un paréntesis que llega sólo en los períodos “sabáticos” o en tiempos de actualización. La formación continua es ante todo el camino que emprendemos cada día y que nos moldea como misioneros monfortianos, una experiencia de conversión, un procedimiento interior a nuestra consagración religiosa y monfortiana. La formación no es pues el solo hecho de quienes acompañan a los nuevos miembros que entran en la Compañía. No atañe solamente a los maestros de novicios y a los otros formadores. Conciérne a todos los hermanos. Cada uno de nosotros es llamado a emprender cada día el camino de su formación continua.

76. Esta perspectiva tiene igualmente implicaciones en la forma como vemos la formación inicial. Que no es solamente el primer paso hacia el compromiso permanente; es también el período que nos prepara a entrar en un proceso de aprendizaje que dura toda la vida.

77. En la primera parte de este documento, para ayudarnos a entrar en el procedimiento de formación permanente, hemos mirado al Padre de Montfort, ejemplo de energía apostólica, y el icono del monfortiano de hoy; hemos visto algunos aspectos de la trayectoria monfortiana de formación. Esta segunda parte abordará elementos importantes del proceso de formación; se insistirá de modo particular en algunas prácticas que implica dicha trayectoria. Las normas específicas de las diferentes etapas de la formación serán abordadas en el segundo volumen.

78. La formación es semejante a la marcha: exige energía, esfuerzo y coordinación. Es una actividad de la vida cotidiana. No es simplemente un tema de reflexión, es algo que se hace... implica pues experiencia y prácticas.

79. Estas prácticas son el fruto de la constancia en la acción. Repetidas cada día, nuestras actividades familiares se convierten en una segunda naturaleza, una parte de nosotros mismos. Durante nuestra formación, adoptamos ciertos comportamientos y asumimos ciertas disposiciones. Si queremos que tengan impacto verdadero en nosotros, tales prácticas de formación y de transformación deben penetrar hasta el fondo de nuestro ser. Aunque tengan un aspecto exterior, no es menos cierto que apuntan a la transformación interior de nuestra persona en su totalidad.

80. Lo que sigue no es una descripción exhaustiva de todo lo que debemos encontrar a lo largo de nuestra jornada. Eso no respetaría los caminos particulares de cada uno, con sus propios dones y capacidades, con sus retos y situaciones de vida personal. Aquí describimos más bien algunas maneras de ser que pueden convertirse en actividades comunes que compartiremos juntos tras las “huellas de los Apóstoles pobres”.

81. Cada día comenzamos nuevamente nuestra marcha con Cristo: capítulo 4. Por eso aprendemos los medios del discernimiento y del celo apostólico caminando en la escuela del Padre de Montfort que es nuestro testigo y nuestro guía: capítulo 5. Nos hacemos discípulos de Jesucristo dejándonos formar en María, en el seguimiento del Verbo encarnado en su seno: capítulo 6.

Capítulo 4

REEMPRENDER LA MARCHA DESDE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y MAESTRO

*El fin último de toda devoción debe ser Jesucristo,
Salvador del mundo, verdadero Dios y verdadero hombre.
De lo contrario tendríamos una devoción falsa y engañosa.
Jesucristo es el alfa y la omega, el principio y el fin de todas las cosas.*
VD 61

82. Fieles a su promesa: Mt 28, 20, el Resucitado está con nosotros y nos envía su Espíritu para iluminar nuestros espíritus y caldear nuestros corazones: Lc 24, 13-15. **“Dejarnos formar todos los días de nuestra vida”²⁹**: es la respuesta que el Señor espera de nosotros a cambio del don de su gracia: 2 Co 5, 20. Para nosotros, monfortianos, esto significa dejarnos educar para la *fidelidad a una vocación* que tiene características comunes, y en la cual se realiza la misión particular de cada uno. ¿Cómo se es fiel? Recomenzando la marcha todos los días desde Cristo, volviendo de manera creativa al “primer amor”, allí se hace la experiencia de la fidelidad a Dios, allí se encuentra “la chispa inspiradora a partir de la cual comenzó el *seguimiento de Cristo*”³⁰.

“Conocer a Jesucristo, la Sabiduría encarnada,
es saber lo suficiente.
Saberlo todo pero no conocerlo a él,
es no saber nada”: ASE 11.

¿Cuáles son las prácticas que nos ayudarán en nuestro recorrido del conocimiento de Jesús al reiniciar con él la marcha de cada día? Comprenden las siguientes características esenciales: fidelidad a la vida en el Espíritu, fidelidad a nuestra misión, fidelidad a nuestra consagración en una comunidad apostólica, y fidelidad a los llamados que nos lanzan la Iglesia y el mundo en cambio permanente. Todas estas “fidelidades” nos llevan a un conocimiento más profundo de Jesús y a una relación más íntima con él.

Fidelidad a la vida en el Espíritu

83. Escuchar la Palabra de Dios. El libro abierto de la Escritura leída y meditada, en atmósfera de diálogo orante con Dios, pone ante nuestros ojos un mundo en el cual encontramos las promesas de Dios y su cumplimiento en él. Ignorar la Escritura es ignorar a Cristo; profundizamos pues nuestro conocimiento de Jesús meditando el texto de la Palabra de Dios.

84. La Escritura se convierte en nuestra guía permanente. Escuchando la Palabra de Dios descubrimos nuevos caminos de conversión. “En efecto, la Palabra de Dios es viva y

²⁹ *Vita Consecrata*, 69.

³⁰ *Partir de nuevo desde Cristo*, 22.

enérgica, más cortante que una espada de dos filos, penetra hasta la unión de alma y espíritu, de órganos y médula, juzga sentimientos y pensamientos. No hay creatura que escape a su mirada, todo está desnudo y vulnerable a sus ojos, y es a ella a quien habremos de dar cuenta”: He 4, 12-13.

85. El Padre de Montfort se dejó siempre cautivar por la lectura y la contemplación de la Palabra de Dios³¹. No se puede concebir la fidelidad a nuestra vocación sin una escucha siempre nueva de la Palabra. “Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en *un encuentro vital* que permita tomar del texto bíblico la palabra viva que interpela, que orienta, que da forma a la existencia”³². “Es allí, en efecto, que se revela el Maestro y educa el corazón y el espíritu. Es allí que madura la visión de fe, aprendiendo a ver la realidad y los acontecimientos con la mirada misma de Dios, hasta conocer *el modo de pensar de Cristo*: 1 Co 22, 16”³³.

86. La escucha de la Palabra de Dios tiene también una *dimensión eclesial*. La vida fraterna en comunidad favorece igualmente el redescubrimiento de tal dimensión: para eso “hay que acogerla, meditarla, vivirla juntos, comunicar las experiencias que son frutos de la misma y avanzar así en una auténtica espiritualidad de comunión... Alimentados por la Palabra... los consagrados podrán ser auténticos *servidores de la Palabra* en el compromiso de la evangelización. Realizan a sí una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio”³⁴.

87. **Comprometernos en una vida de oración y contemplación.** La extraordinaria vocación misionera del Padre de Montfort nació de la contemplación y en ella se regeneró incesantemente, en momentos intensos y prolongados de amistad, de relación íntima, de comunión con Cristo: él vivió la experiencia mística de *estar con el Señor*³⁵. También nuestra vocación debe madurar continuamente en la intimidad con Cristo: debemos “llegar a ser, como el Padre de Montfort, contemplativos en la acción”³⁶.

88. El Santo Padre recuerda a los consagrados que “su primer deber no puede menos de estar en la línea de la contemplación. Toda realidad de vida consagrada nace y se regenera cada día en la contemplación incesante del rostro de Cristo”³⁷. Una vida espiritual auténtica y fecunda requiere que todos, en las ocupaciones y ministerios diversos, “consagren regularmente, *cada día, momentos apropiados* para un coloquio silencioso y profundo con aquel de quien se sienten amados, a fin de compartir con él lo que han vivido y recibir la luz para proseguir su camino diario... La fidelidad a la oración personal y litúrgica pedirá con frecuencia *un auténtico esfuerzo* para no dejarse devorar por un activismo desenfrenado. De lo contrario no se da fruto: *Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí solo, si no sigue en la vid, así tampoco ustedes si no siguen conmigo*: Jn 15, 4”³⁸.

³¹ P. Gérard Lemire, *Oración y disponibilidad monfortiana al servicio de la Iglesia*, S.G. 9/1986.

³² *Novo Millennio Ineunte*, 39.

³³ *Partir de nuevo desde Cristo*, 24.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ CT 24, 37-39: *La santa práctica de la presencia de Dios*,...

³⁶ Gérard Lemire, *Oración y disponibilidad monfortianas en unión con la Iglesia*, S. G. 9/1986.

³⁷ Juan Pablo III, *Homilía del 2 de Febrero 2001*, en *Osservatore Romano*, 4 Febrero 2001.

³⁸ *Partir de nuevo desde Cristo*, 25.

89. Nuestra vida en el Espíritu se hace más profunda cuando desarrollamos la oración personal y comunitaria. La interacción dinámica entre las experiencias de oración personal y comunitaria que compartimos con nuestros hermanos nos ayudan a permanecer fieles en nuestra relación con Dios a lo largo de los años. Con este fin tomamos en serio las recomendaciones de nuestras Constituciones sobre la oración apostólica del misionero monfortiano: Const. 116-130.

90. Acogemos todos los medios que pueden ayudarnos a mantener una vida de oración constante, fiel y madura. El acompañamiento del director espiritual puede ser útil a este nivel. Días reservados especialmente a la oración, lo mismo que los retiros anuales ayudarán también a alimentar nuestra relación con Dios.

91. **Centramos en el misterio de la Eucaristía.** Con la Iglesia entera, la Eucaristía es para nosotros, monfortianos, la fuente de nuestra energía y la cumbre hacia la cual tiende toda nuestra actividad. La Eucaristía obra en nosotros como la formación permanente en el misterio pascual. Por nuestra participación en la celebración del misterio de nuestra fe, nos unimos a Jesús, muerto y resucitado. De la mesa de la Palabra y de la mesa de la Eucaristía recibimos nuestra vida³⁹.

92. La Eucaristía celebrada y adorada todos los días, “memorial del sacrificio del Señor, corazón de la vida de la Iglesia y de cada comunidad, da forma desde el interior a la ofrenda renovada de la propia existencia, al proyecto de vida comunitaria, a la misión apostólica”⁴⁰. En la Eucaristía, el Señor Jesús nos asocia a su propia ofrenda pascual al Padre⁴¹: nos ofrecemos y somos ofrecidos. La consagración religiosa asume una estructura eucarística de total oblación de sí, estrechamente asociada al misterio de Cristo. Alrededor de la mesa eucarística, se renueva cada día la comunidad entera.

93. El Padre de Montfort cantaba la Eucaristía como el misterio del don total de Jesús:

“Es allí donde se entrega todo a todos:
tal es su caridad;
es nuestro tierno Esposo,
nuestro Dios verdadero;
nuestro médico santo y dulce dueño,
nuestro amigo y hermano,
nuestra senda y camino
y nuestra luz amable”: CT 129, 5.

94. No se cansaba de proponer el santísimo Sacramento como una escuela:

“Maravillosa escuela
que enseña en corto tiempo,
sin palabras ni esfuerzos,
la ciencia y la virtud,
es el gran Sacramento.

³⁹ Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucaristía*, 1.

⁴⁰ *Partir de nuevo desde Cristo*, 26.

⁴¹ *Los Cánticos sobre el santísimo Sacramento del Padre de Montfort*.

¡Oh divino saber!
El Maestro es Jesús que dulcemente
predica sin cesar: CT 130, 1.

95. La celebración de la Eucaristía es, cada día, un envío a la misión por el cual se nos envía a ser lo que hemos recibido y a proclamar la Buena Noticia de Jesucristo. Nuestra unión con Cristo y entre nosotros, en la Eucaristía, nos une también a los cuidados de todos los pueblos, porque “la Eucaristía, en cierto sentido, se celebra *sobre el altar del mundo*”⁴².

96. **Vivir del amor de Cristo.** Ser hombres de Dios significa ser consagrados al doble mandamiento del amor: Dios y el prójimo.

“Cuando el amor es visible,
sincero y de corazón,
es el sello infalible
del amor del Creador.
Uno sin otro: imposible,
Negarlo es un gran error.
Preciso es que yo ame sin medida
a Dios en mi prójimo escondido: CT 148, 3.

97. No hace falta decir que, para los discípulos del Padre de Montfort, ser hombres de Dios, es ser fieles a nuestra vocación y someternos a la caridad, “reina” de nuestra vida: RM 45. Por nuestro amor al prójimo, y particularmente por nuestro amor a los pobres: RM 47, “abrimos la puerta a Jesucristo” y lo encontramos en caminos nuevos. El Padre de Montfort nos invita firmemente a amar, sobre todas las cosas, a Dios escondido en nuestro prójimo: CT 148.

98. Participando del amor de Cristo “él se vació de sí mismo”: Fil 2, 7, y nos mostró en su vida y en su muerte, que nuestra relación con él podrá dar fruto.

99. **Renovar cada día nuestra consagración a Jesús por manos de María.** Todo lo que podemos hacer para conocer y amar a Jesús, Sabiduría eterna y encarnada, está simbolizado por la verdadera devoción que es nuestra consagración monfortiana. Renovarla cada día tiene para nosotros una importancia central y significativa - lo que explicitaremos más en el capítulo siguiente.

En la fidelidad a la Misión

100. **Proclamar a Cristo de manera que suscite respuesta.** Es el primer deber de la *misión monfortiana*, y lo aceptamos con entusiasmo: “Nuestra misión en la Iglesia consiste en revelar el misterio de Cristo a quienes no lo conocen, en hacerlo redescubrir y profundizar por quienes han escuchado ya la Buena Noticia, con renovada conciencia del sentido de su compromiso bautismal”: Const. 9. “Esta misión está a penas comenzada y debemos comprometernos con todas nuestras fuerzas en su realización. La acción confiada y emprendedora de los misioneros deberá responder siempre mejor a la

⁴² Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 8.

exigencia de la inculturación, de manera que los valores específicos de cada pueblo no sean abandonados, sino al contrario purificados y llevados a su plenitud”⁴³.

101. Para nosotros, monfortianos, inculturación significa *aprender a acercarnos a las gentes a las cuales somos enviados*. Es por lo demás una exigencia de toda evangelización. “Padres y Hermanos, nuestra presencia en el mundo se hace por el testimonio de toda nuestra vida. Es una invitación permanente a la encarnación del mensaje en las diversas culturas con las cuales estamos en contacto. Para que sea verdadera, la evangelización nos llama a estar entre los pobres, y en la medida de lo posible, a vivir como ellos, en preocupación de solidaridad”⁴⁴.

102. **Mantener una itinerancia que busque la voluntad de Dios.** Educarse para la misión, dejarse formar por ella, significa considerar *la misión como criterio de discernimiento* de nuestras opciones personales y comunitarias. El Capítulo general de 1993 nos hacía una advertencia que tendrá actualidad permanente: “en el momento en que se imponen preferencias, se toman opciones, tanto en las antiguas como en las nuevas entidades, es importante asegurarse que las decisiones estén apoyadas en el espíritu de Montfort, y orar a él para que nos dé el valor de dejar el lugar donde ya nuestra tarea está cumplida, de emprender otra donde el Evangelio no ha sido proclamado o ya no lo es, de continuar donde falta por hacer un trabajo real de evangelización”⁴⁵. Esto dará a nuestra vida y a nuestras actividades apostólicas una libertad y disponibilidad que harán del monfortiano un auténtico misionero itinerante.

103. El Padre William Considine utiliza la imagen “salir de Jerusalén” para describir la itinerancia: “es una imagen que designa un cierto estilo de vida itinerante, una cierta *partida* en peregrinación que está en el corazón de nuestra existencia monfortiana. Es la *desinstalación* o disponibilidad, el *somos inestables* – la ausencia de morada permanente, el rechazo del repliegue sobre sí mismo, la premura asidua a partir hacia... Tal actitud conlleva ciertamente opciones y consecuencias prácticas. Pero es también una actitud de corazón, un estado de verdadera pobreza espiritual y de abandono a la Providencia. Hay muchos cenáculos y muchas seguridades de Jerusalén que hay que dejar. Esto es cierto respecto de los jóvenes y de los menos jóvenes. Aprendiendo durante toda nuestra vida a ser física y espiritualmente itinerantes, permaneciendo cercanos a los otros peregrinos y a los marginados, nos preparamos a entrar en la Jerusalén celeste”⁴⁶.

104. **Trabajar juntos.** El Espíritu Santo nos convoca y reúne en una comunidad para la misión: “Esta comunidad es llamada a crearse y *reinventarse constantemente*, según las necesidades y situaciones. Sus miembros se agrupan para leer las realidades de la vida de las gentes y de la Iglesia, para escuchar la Palabra de Dios y llevar su misión en la oración común, para inspirarse en Montfort, para dejarse interpelar y guiar por las directivas eclesiales, permitiéndoles todo esto elaborar un proyecto común de vida y de trabajo. Así la comunidad apostólica es para cada uno *lugar de conversión* y de restauración

⁴³ *Partir de nuevo desde Cristo*, 37.

⁴⁴ *Documento del Capítulo general de 1993, La Misión monfortiana*, 30.

⁴⁵ *Ibid.* 19.

⁴⁶ P. William Considine, *La comunidad apostólica monfortiana*, S. G. 01/1996, 25.

permanentes”⁴⁷. El *actuar juntos monfortiano* se convierte cada día en “un llamado al *compartir*, a la *solidaridad*, a la *disponibilidad* que se requieren para la misión”⁴⁸.

105. A este propósito, nuestra formación permanente busca constantemente desarrollar *nuestra capacidad de comunicar y trabajar en equipo al servicio de la misión*; así, nuestra manera misma de trabajar será un modelo de mensaje que transmitimos...

106. Integrar a nuestro apostolado la rica herencia mariana de nuestra congregación. “El carácter mariano de la Compañía es un *bien esencial* de nuestra congregación y María no está presente de manera accidental en la vida de los misioneros: la devoción a ella es *parte integrante de su vida espiritual y de su apostolado*”: Const. 39. “La *perfecta consagración* a Jesús por María es el acto que marca más el carácter de nuestra inspiración”: Const. 40, y de nuestra misión. El Padre de Montfort nos presenta a María como el mayor de los medios para adquirir y conservar la divina Sabiduría: ASE 203, que es la respuesta a todo deseo humano: VD 61. “Que hablemos de evangelización o de la *nueva evangelización* a la cual nos convoca Juan Pablo II, nos corresponde *iluminar muy claramente el puesto y la función de María* en el advenimiento del reino de Cristo, Sabiduría de Dios para los hombres que vino a liberar”⁴⁹.

Fidelidad a nuestra consagración en una comunidad apostólica.

107. “A fin de vivir *libres, al estilo de los Apóstoles*, nos consagramos por votos al Señor para el servicio del Reino”: Const. 77. La experiencia nos enseña que esta respuesta al llamado no se da una vez por todas: es ciertamente en *el compromiso renovado cada día* que vivimos nuestra consagración religiosa.

108. Vivir confiados en la divina Providencia por nuestra pobreza apostólica. El Padre de Montfort quiso que viviéramos nuestra *pobreza apostólica* ante todo *delante de Dios*, poniendo nuestra confianza sólo en él: ACM 4, y entregándonos entera y libremente a la obra de la salvación: RM 5-6. Esta confianza se expresa en una *oración* impregnada de contemplación y de reconocimiento, en espíritu de solidaridad y de pobreza. Por la consagración a Cristo por María, somos educados para la disponibilidad total y para la cercanía con aquellos a quienes evangelizamos – sobre todo por nuestra inserción en medio de los más pobres: RM 7, - compartiendo sus sufrimientos, sus esperanzas y su destino. De hecho, la pobreza apostólica es *vida a la Providencia* en dependencia de las gentes. *En comunidad* – la palabra lo dice – significa poner todo en *común*, no disponer y no hacer uso de los bienes materiales sin el permiso de los superiores y, lógicamente, hacer uso moderado de los bienes en el plano personal y comunitario.

109. Vivir en la libertad de la obediencia apostólica. El Padre de Montfort oró para obtener una comunidad de misioneros libres con la libertad de Dios, hombres no comprometidos por proyectos individuales, sino prestos a volar por todas partes al soplo del Espíritu, dispuestos a obedecer al llamado de los superiores: SA 7-10. Tal comunidad está pues fundada en la *obediencia apostólica*. Esta se expresa por la disponibilidad a todos

⁴⁷ Documento del Capítulo general de 1993: *La Misión monfortiana*, 16.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ Documento del Capítulo general 1993: *La Misión monfortiana*, 23.

los llamados que podemos reconocer en la verdad mediante el *discernimiento* y la *reflexión hechos en comunidad* para descubrir juntos y hacer nuestra la voluntad del Señor. La obediencia es vivida plenamente como *un signo de amor y una fuente de eficacia apostólica*: Exige de nosotros la disponibilidad, para la edificación del Cuerpo de Cristo, con nuestras mejores energías de inteligencia y de voluntad, con los dones más preciosos que hemos recibido de la naturaleza y de la gracia: 1 P 4, 10-11.

110. El camino de configuración a la voluntad de Dios como única razón de vivir lleva en sí *renuncias crucificantes*, que nos conducen a lo esencial y liberan nuestra capacidad de servir al reino de Dios. La obediencia será vivida en un espíritu de acogida y de participación. Debemos aprender a expresar nuestras aspiraciones y nuestros puntos de vista personales en el contexto de una búsqueda de la voluntad de Dios y, cuando los superiores toman una decisión, hemos de estar dispuestos a reconocer en ella esa voluntad. El voto de obediencia es siempre más estimulante cuando se ve en él un medio para dejarse amar, par dejarse guiar por la *fidelidad al bien común*, por la realización de un *proyecto comunitario* y por la *misión que la Iglesia ha confiado a nuestra congregación*. Los superiores tienen el derecho de esperar que cada uno tome sus responsabilidades y sea fiel a sus compromisos, que haga suyas en la fe las decisiones tomadas, dejándose instruir por la Sabiduría de la Cruz, que enseña a ser fiel hasta el sacrificio.

111. Vivir en la castidad en vista del Reino. Por el voto de castidad, consagramos a Cristo toda nuestra capacidad de amar y todas nuestras energías para el anuncio del Reino. Uniéndonos a Él compartimos su amor por los más pobres y desheredados, hasta el don de nosotros mismos. La castidad es a la vez gracia y *ofrenda*; es un don que hay que cuidar cada día si queremos realmente liberar en nosotros un amor verdadero y fiel. Se educa el corazón a la castidad sobre todo por el encuentro con el Señor, que ofrece su amistad, por una ascesis adaptada y por decisiones exigentes y respetadas. Sin presumir de nuestras fuerzas, permanecemos vigilantes utilizando los medios naturales que favorecen el dominio de nosotros mismos. Para permanecer fieles, nos apoyamos en la unión con Jesucristo y María, en los sacramentos y en una vida comunitaria acogedora, en la que se cultiva una atmósfera de cordialidad y de alegre sencillez.

112. Dejarnos interpelar por la vida comunitaria y la misión de la congregación. La comunidad es el “lugar teologal”⁵⁰ de la formación monfortiana, el lugar visible del Reino. Viviendo y celebrando el misterio pascual, la comunidad se hace testigo de comunión y signo profético de fraternidad en una sociedad dividida y herida, en búsqueda de un sentido de la vida. En ella nace y se desarrolla la espiritualidad de comunión indispensable para el establecimiento del diálogo de la caridad del que tanta necesidad tiene el mundo de hoy⁵¹: “”Unanse fuertemente en espíritu y de corazón”: AC 2.

113. En efecto, ¡somos convocados para la misión: SA 3; RM 2; nos unimos para ser enviados. Somos pues una compañía; SA 30, cuya primera tarea es la instauración y el anuncio del Reino de Dios. Como la Sabiduría eterna emprendió y realizó su misión por

⁵⁰ *Vita Consecrata*, 42.

⁵¹ *Vita Consecrata*, 51.

un exceso de amor: ASE 64, así *nuestra misión emana de la fuerza de la comunión*, don de Dios, *infundido en nuestros corazones por el Espíritu*: Rm 5,5. Por otra parte, la comunión que existe entre nosotros es una fuerza, una *fuerza de renovación*, en el compartir de los gozos y alegrías de la vida apostólica: Mc 6, 30-31; RM 35. En *Compañía de María*, nuestra comunión lleva a la misión y la misión lleva a la comunión... En consecuencia, *compartimos de manera real los gozos y los sufrimientos* de quienes Dios ha puesto a nuestro lado: “Tienen unos con otros una caridad previsiva y llena de buena voluntad, que busca las oportunidades para darse gusto unos a otros; llena de respeto, adelantándose a honrarse los unos a los otros, llena de paciencia, soportándose mutuamente los defectos”: RM 44.

114. El sentido del compartir tiene implicaciones muy concretas, como nos dice el Padre de Montfort, quien habla “*de la bolsa común* para que se aplique –entre otras– a las necesidades de toda la comunidad”: Rm 17. Esta comunión se expresará pues en la **solidaridad** tanto a nivel local como internacional. Ciertos elementos nos permiten *encarnar en la vida real nuestro ser-juntos* y favorecer su desarrollo. Por ejemplo: un proyecto común, un discernimiento a la luz de la Palabra de Dios y de los signos de los tiempos, una presencia eficaz del superior de comunidad, esfuerzos que favorezcan el compartir, ocasiones de encuentro y de oración común, una asociación real con laicos en nuestros proyectos... Sabemos también que el Padre de Montfort nos pide evitar un estilo de vida comunitaria que busque crear un nido confortable, lo que pondría en peligro la misión. En su pensamiento, somos congregados para la misión y por la misión. Siempre habrá una sana tensión entre vida comunitaria y vida apostólica⁵²: 115. En esta perspectiva el documento del Capítulo general de 1999 da algunas notas para calificar nuestra vida comunitaria: no debe sofocar la misión sino estar a su servicio: estar juntos para actuar juntos; busca una comunión que será en sí evangelizadora; comporta el compromiso de ir más allá de la simple cohabitación y, para quienes viven solos, debe favorecer una real comunión con los otros⁵³.

116. Escuchar los signos de los tiempos. El exordio impactante del Documento del Capítulo general de 1993 *sobre la apertura a los signos de los tiempos* resuena aún hoy como una invitación a *aprender a escuchar y a discernir* los diversos signos que vienen de *la congregación, de la Iglesia, y del mundo*⁵⁴. El mundo actual cambia muy rápidamente, como lo recordaba el Padre Lemire en un análisis siempre válido⁵⁵, y esto debe mantenernos conscientes y vigilantes. El discernimiento y la vigilancia son auténticos si están acompañados de la *oración apostólica* y si desembocan en una *acción profética y creativa*, como concluye el texto capitular: “Frente a esta situación llena de retos, hemos buscado luz y valor en nuestro fundador. Nuestro deseo de responder a tal situación se ha hecho oración: *Ante las necesidades de la Iglesia, no puedo menos de pedir continuamente con gemidos una pequeña y pobre compañía de sacerdotes ejemplares: C 5*”⁵⁶.

117. Dejarse formar por Cristo para este tipo de escucha significa, en definitiva, dejar que *nuestra vida se ajuste a los amplios horizontes* que nos abre él. Nuestra respuesta a la vocación

⁵² “Abran a Jesucristo”, *Carta de los Capitulares, Ariccia, 1999, 20-24, válido para el par. anterior.*

⁵³ *Ibid.*, 24.

⁵⁴ Documento del Capítulo general de 1993, *La Misión monfortiana*, 4-12.

⁵⁵ P. Gérard Lemire, *Las exigencias actuales de la formación*, S: G: 04/1996, 21.

⁵⁶ Documento del Capítulo general de 1993, *La Misión monfortiana*, 12.

misionera no se debe limitar a vivir en la Iglesia y para la Iglesia. El último capítulo de *Vita Consecrata* invita a todos los religiosos y a las congregaciones a abrirse con Cristo a las otras Iglesias cristianas, a las otras religiones, a toda persona que no profese ninguna convicción religiosa⁵⁷. Como monfortianos somos pues llamados a ofrecer nuestra contribución específica a todos los grandes diálogos a los cuales el Vaticano II abrió la Iglesia entera. La *conversión al diálogo* nos dispone a acoger valores preciosos para nuestra vida y misión, nos abre al testimonio como proclamación de la esperanza que hay en nosotros.

Jesucristo, nuestro punto de partida, nuestra meta y nuestro compañero de ruta.

118. Cada día hemos de emprender el recorrido de la formación continua. Cada día lo recibimos como un de Dios y una ocasión de convertirnos en discípulos cada vez más perfectos de Jesús. Partimos de nuevo de Cristo a quien encontramos en nuestra ruta y respondemos a sus invitaciones de conversión. Nuestra peregrinación con Cristo nos permite conocerlo mejor y ayudar a los otros a conocerlo: ASE 93-95. La presencia de Cristo en nosotros y su promesa de vida nos conducen y hacen posible el camino.

“Sólo en Cristo habita realmente la plenitud total de la divinidad y todas las demás plenitudes de gracia, virtud y perfección. Sólo en Cristo hemos sido bendecidos con toda bendición del Espíritu; porque él es el único Maestro que debe enseñarnos, el único Señor de quien debemos depender, la única Cabeza a la que debemos estar unidos, el único modelo a quien debemos asemejarnos, el único Médico que debe curarnos, el único Pastor que debe apacentarnos, el único Camino que debe conducirnos, la única Verdad que debemos creer, la única Vida que debe vivificarnos y el único Todo que en todo debe bastarnos”: VD 61.

⁵⁷ *Vita Consecrata*, 100.

Capítulo 5

EN LA ESCUELA DE SAN LUIS MARIA DE MONTFORT TESTIGO Y GUIA

*‘Pongo en tus manos un secreto que me ha enseñado el Altísimo.
No lo he podido encontrar en libro alguno antiguo ni moderno.
Hoy te lo entrego con la ayuda del Espíritu Santo’.*

SM 1

El estilo de nuestro fundador

119. Dejándonos inspirar por el estilo misionero del Padre de Montfort podremos llegar a ser lo que somos. Como lo dijimos ya, nuestro retrato de familia nos presenta los rasgos comunes que han hecho de tantos hermanos nuestros auténticos discípulos del Padre de Montfort. El estilo de vida de nuestro fundador está marcado por su libertad interior: SA 7-8, y su abandono a la Providencia, que lo conservan siempre disponible al Espíritu: SA 9, en la obediencia a la autoridad: SA 10; RM 19-27.

120. Saber arriesgar por Dios: así se puede resumir otra característica del estilo monfortiano. En nuestro mundo variable, con todos los cambios que debemos vivir en la congregación, se hace particularmente urgente para la fidelidad a nuestro llamado misionero *la audacia* del Padre de Montfort. El nos propone hoy más que nunca – a nivel personal y comunitario – el mismo reto que lanzaba a María Luisa de Jesús y a Catalina Brunet: C 27: arriesgar algo por Dios. “¿Estamos dispuestos, como ellas, a *arriesgar algo por Dios*? Podemos tomar riesgos y hacer cosas nuevas si juntos, volvemos, en la fe, a Jesús que sigue siendo hoy Sabiduría encarnada en María”⁵⁸.

121. **El radicalismo evangélico** del Padre de Montfort le permitió *desarrollar su pasión por el Reino* y su audaz creatividad. La respuesta dada a su amigo Blain en el encuentro memorable de los dos nos invita a seguir la misma dirección. El señor Blain cuenta que comenzó por liberarse de lo que llevaba en el corazón repitiendo lo que escuchaba de las originalidades y del comportamiento extraño de su amigo. ¿Cómo esperaba atraer a otros eclesiásticos que deseaban quizá acompañarlo en sus trabajos apostólicos si no lograba moderar el rigor de su estilo de vida? Por toda respuesta Luis María le mostró su Nuevo Testamento: su único deseo era seguir los pasos de Jesucristo y de los Apóstoles. Si Dios quería asociarle otros eclesiásticos en este género de vida, estaría encantado, pero eso dependía de Dios... y no de él. Luego añadió que: “había diferentes especies de sabiduría...una era la sabiduría de una persona de comunidad... otra la sabiduría de un misionero y de un hombre apostólico; que la primera no tenía nada que emprender de nuevo, nada más que dejarse conducir por la regla y las costumbres de una santa casa;... que los primeros permanecían tranquilos, quedando ocultos,... no teniendo nada nuevo que emprender, pero que los segundos, teniendo que librar continuos combates contra el

⁵⁸ Documento del Capítulo general de 1993: *La Misión monfortiana*, 24.

mundo, el diablo y los vicios,... y *ejecutar nuevos planes...*; que en una palabra, si se ponía la sabiduría en no hacer nada nuevo por Dios, en no emprender nada por su gloria, por miedo a dar que hablar, los Apóstoles se hubieran equivocado al salir de Jerusalén; hubieran debido encerrarse en el Cenáculo; san Pablo no debiera haber hecho tantos viajes, ni san Pedro hubiera debido intentar enarbolar la cruz en el capitolio...”⁵⁹.

122. Al fin de cuentas, su ardiente caridad y su imitación de los Apóstoles pobres pusieron al Padre de Montfort en contacto con la sociedad, en medio de las gentes del pueblo, particularmente *entre los pobres*; eso le incitó a utilizar medios pobres, entre los cuales, en primer lugar, el lenguaje de la Cruz “escándalo para los Judíos y locura para los Gentiles”: 1 Co 1,23.

Tras las huellas del Maestro.

123. El Padre de Montfort es a la vez fundador y maestro espiritual. Si el camino espiritual que él propone se dirige a todos, es claro que quienes quieren marchar tras sus huellas en su Compañía de María son los primeros invitados a comprometerse en él, tanto más que nos invita a enseñarlo: RM 60. Nos propone un itinerario para buscar la Sabiduría⁶⁰ y cuatro medios privilegiados para lograrlo. Ellos formaron a san Luis María. El nos presenta los colores y rasgos particulares. Nos invita a apropiarnos de ellos, a dejarnos impregnar de los mismos hasta llegar nosotros mismos –armónicamente integrados – elementos vivos y esenciales del *icono monfortiano*.

Un itinerario de Sabiduría misionera

124. La espiritualidad monfortiana es esencialmente *misionera*. Su trayectoria se abre sobre el apostolado, que es su *perfección*: “la divina Sabiduría marca... tres grados en la piedad, de los cuales el último es la perfección: 1º Escuchar a Dios con humilde aceptación; 2º Obrar en él y por él con perseverante fidelidad; 3º En fin, adquirir la luz y unción necesarias para inflamar a los demás en el amor a la Sabiduría y conducirlos a la vida eterna”: ASE 30.

125. Si la sabiduría monfortiana es una escuela de felicidad: ASE 5, su plenitud es el apostolado: “¡Felices quienes comprenden estas verdades eternas! ¡Más felices los que las aceptan! ¡Pero mucho más felices quienes creen en ellas, las ponen en práctica y *las enseñan* a los demás; brillarán como estrellas en el cielo por toda la eternidad!: ASE 153. La contemplación y la acción son los dos pulmones que permiten la respiración del “ser-monfortiano”: *conocer y gustar la verdad*: contemplación, y *hacerla gustar a los demás*: acción: RM 60. En el apostolado sólo podemos dar lo que hemos recibido en la contemplación. Para el Padre de Montfort, el hombre espiritual y el hombre apostólico son uno solo.

126. El punto de partida de este itinerario es el *conocimiento* o inteligencia y escucha, pero no un conocimiento puramente especulativo: ASE 58, 174; VD 64. El ilumina el espíritu,

⁵⁹ J.B.Blain, citado por el P. William Considine, *La comunidad monfortiana apostólica*, S.G. 01/1996, 21.

Resumen de la vida de Luis María Grignon de Montfort, Documents et Recherches II, CIM, 1973, pp. 185-190.

⁶⁰ El Padre de Montfort considera tan importante para sus hombres libres la adquisición de esta Sabiduría que pide a los Penitentes que hacen la peregrinación a Saumur “para obtener de Dios buenos misioneros” orar para tal fin: *Reglamentos 3, 2º: Obras Completas p. 811*.

pero también toca el corazón: ASE 94. Es un *conocimiento amoroso*: conocer *para amar*: Ase 8.

127. Este conocimiento es una ciencia sabrosa y experimental de la verdad: una verdad que es preciso gustar, que hemos de experimentar nosotros mismos: AC 45. Parte de la inteligencia o del espíritu y desciende al corazón: gustar, pero no puede quedar allí ya que es un conocimiento práctico: SAR 1. Lo que se conoce y se gusta se debe practicar; es una sabiduría operante, activa: ASE 94. De los ojos por el conocimiento al corazón por el gusto y el amor hay que llegar a las manos por la práctica. Entonces y solamente entonces lo conocido, gustado y practicado será anunciado por la boca: SAR 1. En el primer método para rezar el Rosario, en la decena trece, el Padre de Montfort pide el don de la Sabiduría “para conocer, gustar y practicar la verdad y hacerla participar de todo el mundo”⁶¹. Como Jesucristo, sólo podemos predicar lo que hemos gustado y practicado. Hch 1,1; 1 Jn 1,1-3; SAR 2; RM 62.

128. Para el Padre de Montfort, el hombre apostólico es sinfónico: sólo puede hacerse escuchar en el acorde armonioso de sus diferentes partes. La formación para la sabiduría misionera es una integración de todas las dimensiones de la persona humana, afinadas con el diapason de la verdad.

Cuatro medios de crecimiento monfortiano

129. *El Amor de la Sabiduría Eterna* nos ofrece cuatro medios para adquirir la Sabiduría: deseo ardiente: ASE 181-183, oración continua: ASE 184-193, mortificación universal: ASE 194-202, y tierna y verdadera devoción a la santísima Virgen: ASE 203-227. Ellos son también medios privilegiados para ayudarnos a formar en la escuela del Padre de Montfort.

El deseo

130. La atención a nuestros deseos debería ser el punto de partida de todo discernimiento monfortiano. Discernir, es ante todo ser conscientes de los deseos que hay en nosotros. Esto es cierto del discernimiento vocacional, en el sentido amplio del término, si se tiene en cuenta la Carta 5 del Padre de Montfort, con frecuencia citada, dirigida a su director espiritual, el señor Leschassier. Luego de contarle sus decepciones, lo que encontró que no correspondía a sus expectativas ni a sus atractivos, hace la lista de los sentimientos, intuiciones, inclinaciones y deseos que siente. En esta toma de conciencia, experiencia de verdad sobre sí mismo, tomará toda la dimensión de su vocación particular, de su carisma como misionero y fundador.

131. En un segundo tiempo, aleja sus deseos “aunque buenos y continuos”, los “rechaza” poniéndose en el estado de “indiferencia” indispensable a la acogida de la voluntad de Dios: C 5, 6, que es la libertad frente a la eventualidad de la realización o no realización de su deseo. En fin, antes de tomar su decisión, confrontará sus deseos con los de los otros: los de su director espiritual, de las personas puestas en su camino: La señora de Montespan, el obispo de Poitiers, los Pobres de Poitiers: C 6, 9, 11. Pues nuestros deseos

⁶¹ *Obras Completas, ed. francesa, pag. 306.*

deben ser purificados: tenemos “millares de deseos o mejor de veleidades por el bien”: ASE 182. Nuestros deseos pueden parecer auténticos sin serlo de verdad. Podemos creer que no mentimos mintiendo de hecho: ASE 199. ¿Quién sabe cuántas mentiras y disfraces se esconden bajo la apariencia de la verdad, bajo hermosos pretextos: ASE 13; VD 90...? El Padre de Montfort nos invita a tal discerniendo haciendo la elección de la verdadera Sabiduría: ASE 74-83.: discernimiento ciertamente difícil y delicado ya que “los más sabios según Dios son víctimas de sus mentiras”: ASE 79.

La oración

132. Desear es ya orar... La oración pone el deseo en palabras. Fundándose en la fe animada por la caridad: ASE 185-187; SAR 53, 142-144, la oración sostiene el deseo en la prueba del tiempo. Perseverar en la oración es lograr la duración, dimensión esencial de la formación. Es darse tiempo, dar tiempo a Dios. El proceso de formación necesita tiempo...

133. *La perseverancia, primera cualidad de la oración monfortiana*: ASE 1188-190; SAR 145-148, es el tiempo de maduración en el cual el corazón se abre y se dilata para dar lugar a la acción de Dios, infinitamente paciente y respetuoso de nuestros ritmos humanos. Miembros de la compañía de María, somos fruto de la oración perseverante de san Luis María. Acaso en 1700, ¿no pedía él “continuamente con gemidos una pequeña y pobre compañía”? C 5. Luego de más de trece años, esta oración incansable se torna ardiente, la brasa del deseo se convierte en un diluvio de fuego: SA 16,17... ¿Cuántos viajes, peregrinaciones, diligencias no hizo para acompañar su oración incesante? Pues sabía él que es preciso abandonarse a Dios como si todo dependiera de él y sin embargo hacerlo todo como si nada esperáramos de él: RS 29, S p. 193. Por ello orará y trabajará toda su vida sin tener la dicha de sentirse escuchado. Desprendimiento extremo, última renuncia de un deseo que llevaba consigo por tanto tiempo, acto final de abandono y confianza, último silencio de Dios... Llegar a ser lo que somos, es ser la Palabra de la respuesta de Dios tan esperada...

134. En la escuela del Padre de Montfort, *la oración por excelencia es el Rosario*: “A la oración vocal hay que añadir la mental. Esta ilumina el entendimiento, inflama la voluntad y capacita el alma para oír la voz de la Sabiduría, saborear sus dulzuras y poseer sus tesoros. Personalmente no encuentro nada tan eficaz para atraer a nuestras almas al Reino de Dios, la Sabiduría eterna, como el unir la oración vocal con la mental mediante la recitación del santo Rosario y la meditación de los quince misterios encerrados en él”: ASE 193; SAR 9. El Rosario es de verdad la escuela de oración *al estilo de Montfort*. En él se aprende cómo “orar bien”: SAR 116..., con atención y devoción: SAR 120⁶².

135. La atención significa más que estar atento a lo que se dice y se hace en la oración: SAR 119; es una toma de conciencia del presente. Es ante todo ponerse en presencia de Dios, realizar que él está ahí, presentarse a él, dice el Padre Montfort: SAR 120. Es también estar presente en lo que hacemos en la totalidad de nuestro ser: está ahí, plenamente en su presencia. Es tomar conciencia de la Persona con la cual hablamos, con

⁶² Es de notar que el Padre de Montfort insiste en la Liturgia de las Horas con las mismas disposiciones: RM 31.

la cual entramos en relación. Es no perder nada del presente, no perder nada de su Presencia.

136. La devoción es el lazo amoroso y tierno que nos une afectiva y efectivamente al Señor y a la Virgen, a su presencia en nuestro corazón. El Rosario nos enseña que meditar es mirar, contemplar a Jesús y María, pintar un icono interior del misterio que se nos ofrece y dejarnos iluminar por él. Esta contemplación asidua del misterio nos transformará poco a poco: mirando atentamente el original se renueva la imagen. Mirando a Jesús seremos como él. La meditación del Rosario sólo es completa si nuestra vida cambia, si nos proponemos moldear nuestra existencia según el misterio contemplado: SAR 65-67.

137. En su Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, El Papa Juan Pablo II nos interpela vivamente sobre las riquezas espirituales y misioneras del Rosario que es una síntesis del Evangelio y un camino para proclamarlo. El Papa *resalta que el Rosario es una oración que nos ayuda a conformarnos a Cristo* con María.

“Místicamente, el Rosario nos trasporta junto a María, en la casa de Nazaret, donde ella se ocupa de acompañar el crecimiento humano de Cristo. Por este medio, ella puede educarnos y modelarnos con igual solicitud, hasta que Cristo sea “formado” plenamente en nosotros: Ga 4, 19. Esta acción de María arraigada totalmente en la de Cristo y en radical subordinación a ella, “no impide de ninguna forma la unión inmediata de los creyentes con Cristo, al contrario la favorece”: LG 60. Tal es el principio luminoso expresado por el Concilio vaticano II, que yo mismo tan fuertemente experimenté en mi vida, hasta el punto de hacer de él el centro de mi lema episcopal *“Todo Tuyo”*. Como se sabe, se trata de un lema inspirado por la doctrina de san Luis María Grignon de Montfort, que así explicaba la función de María a favor de cada uno de nosotros en el proceso de la configuración a Cristo: *“La plenitud de nuestra perfección consiste en asemejarnos, vivir unidos y consagrados a Jesucristo*. Por consiguiente la más perfecta de todas las devociones es, sin duda alguna, la que nos asemeja, une y consagra más perfectamente a Jesucristo. Siendo pues María entre todas las creaturas la más semejante a Jesucristo, por consiguiente la devoción que mejor consagra y hace semejantes a Nuestro Señor es la devoción a su santísima Madre. Y cuanto más te consagres a María, tanto más te unirás a Jesucristo”: VD 120. Jamás como en el Rosario aparecen tan estrechamente unidos el camino de Cristo y el de María. María sólo vive en Cristo y en función de Cristo”⁶³.

La mortificación

138. Proponerse la mortificación como medio de formación puede parecer extraño... Si embargo el mundo de hoy está lleno de mortificaciones que podríamos llamar “seculares”: el entrenamiento de los deportistas o de los militares, los ejercicios físicos de todo género para mantenerse en forma, los regímenes alimentarios, los “sacrificios” diversos impuestos por las opciones que hacemos, ... para no decir nada de las “mortificaciones” impuestas por las diferentes circunstancias de la vida: falta de comida, de vestido, de

⁶³ Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae*, 15.

alojamiento, enfermedades, pobreza, dramas humanos, pruebas,... La mortificación es una parte “normal” de todo proceso de crecimiento; basta pensar en las diferentes renunciaciones que imponen nuestras opciones, en las que nos conducen al dominio de nosotros mismos, en la aceptación de las limitaciones, en las que nos mantienen en contacto con la realidad...

139. Para el Padre de Montfort, la mortificación es un camino espiritual que nos encausa en el seguimiento de Cristo por la participación en su misterio pascual: AC 13...; ASE 194, Ga 5,24; 2 co 4,10; Lc 9, 23; Rm 6, 4. 8. También es consecuencia de la elección radical que hacemos al decidir seguir a Cristo; AC 7-12, “en la escuela de un Dios crucificado”: AC 26. Hay que morir a sí mismo para vivir en Dios, perder su vida para ganarla.

140. La mortificación como vía de renuncia, nos permite escapar a las trampas de las falsas sabidurías para unirnos a la verdadera Sabiduría. Ella purifica y transforma gradualmente los tres deseos desordenados o “concupiscencias” de las falsas sabidurías: AC 4, 6, 7, 9, 11. Es un reto para el mundo de hoy en el cual el rey es “lo-quiero-todo-inmediatamente”. Pero la mortificación puede convertirse en terapia espiritual enseñándonos a decir no a algunos de nuestros deseos y necesidades o al menos a retardar su gratificación, a decir no igualmente a los más legítimos, aquellos que podrían ser considerados normalmente como un derecho: ACM 9. Tal rectificación - o purificación - de nuestras tendencias no se da sin sufrimiento y, a menudo, es crucificante.

141. La mortificación no concierne únicamente a la carne y a sus deseos desordenados, toca también nuestra voluntad: renunciar a nuestra voluntad para adherir a la voluntad de Dios. Esto se dice pronto, pero es difícil de practicar, si se tienen en cuenta la fuerza de arrastre del ambiente, incluso eclesial, que sigue sus propios caprichos, y la corrupción de la propia voluntad, que sólo gusta de hacer lo que agrada y porque agrada”: RM 19. La mortificación es una dinámica profunda que nos orienta hacia Dios descartando de nuestro camino todo lo que puede detenernos o retardarnos. Es desprendimiento y libertad, nos “libera de...”: SA 7 para hacernos libres para...”: SA 8-12. ¡Para seguir a Cristo y hacer su voluntad! Es también testimonio de nuestro amor a Jesucristo, testimonio de reconocimiento a quien nos amó y se entregó por nosotros: ASE 154-181.

Una tierna y verdadera devoción a la santísima Virgen

142. Ser monfortianos es ser *hijos y servidores* de María: SA 11, 12. Es pues entrar en relación muy especial con ella; vivir en dependencia y sumisión mariana en seguimiento de Jesús: ASE 205. 223; VD 18. a39, 140, 155, 156, 198; SM 46. Es tomar a María como nuestra Madre, nuestra Guía y nuestra Educadora espiritual, nuestra “Directora experimentada”: VD 209. El Padre de Montfort explicita esta actitud mariana, como disposición profunda de nuestro ser, en las “prácticas interiores” de la verdadera devoción: *hacer todas nuestras acciones por María, con María, en María y para María a fin de hacerlas más perfectamente por Jesucristo, con Jesucristo, en Jesucristo y para Jesucristo: VD 257-265; SM 44-48, 69.*

143. En esta escuela de santidad; SM 3, María debe ser, por excelencia, nuestra Formadora: SM 16-18; VD 219-220, la que, por nuestra consagración nos hace esclavos de Jesús en María, nos forma y nos transforma, por el Espíritu Santo, en Jesucristo, y nos une a él: ASE 214; VD 33; SM 56⁶⁴.

144. Esta transformación, obra de María y del Espíritu Santo, alcanza todas las dimensiones de nuestra persona. Si nos ponemos con confianza y sencillez bajo su dirección espiritual: VD 107; 218-223, María nos hace pasar de las falsas devociones a la verdadera devoción: VD 90...; ASE 216-217; SA 12; RS 144, es decir, nos conduce a una relación con Dios cada vez más auténtica y unificada. Nos enseña la humildad de corazón y de espíritu que nos abre a los misterios de Dios en la sencillez de la fe: VD 93-95. Armoniza en nosotros las diferentes partes de nuestro ser, conduciéndonos por el camino de la unificación, conformando nuestro exterior a nuestro interior, haciéndonos así siempre más consistentes y auténticos con nosotros mismos, con los otros y con Dios: VD 96-100, 106. 109, en un camino de la santidad: VD 118. En fin, ella nos enseña el amor verdadero, purificado de todo apego egoísta y de todo repliegue sobre nosotros mismos, un amor ardiente que nos orienta hacia Dios, un amor que nos hace libres con la libertad de Dios, un amor que nos abre a él en la confianza más absoluta: VD 110, 169, 215.

Vivir como una respuesta a la oración del Padre de Montfort

145. Hemos mencionado varias veces los elementos cumulativos y no dissociables o “notas”, sin los cuales no hay auténtica misión monfortiana: Est. 7. ¿No se podría decir que el itinerario y los medios que hemos propuesto son las “notas” de toda auténtica formación monfortiana? Si descuidamos alguno de estos elementos en nuestra formación permanente, ¿nos reconocería el Padre de Montfort en su icono? Sólo adoptando el itinerario y los medios que él nos propone, llegaremos a ser la respuesta viva a su oración: *¡Da hijos a tu Madre!*

⁶⁴ En las oraciones que nos invita a recitar todos los días: RM 29, el Padre de Montfort nos hace pedir a María la *gracia de ser instruidos por ella*. ASE 227: fórmula de Consagración y las oraciones finales de su tercer método para recitar el Rosario –tradicionalmente el más utilizado en la Compañía – y de la Coronilla.

Capítulo 6

FORMADOS EN MARIA PARA SER DISCIPULOS DE JESUCRISTO SABIDURIA ENCARNADA

*¡Oh Virgen fiel, haz que yo sea en todo
tan perfecto discípulo, imitador y esclavo
de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, tu Hijo,
que logre llegar, por tu intercesión, y a ejemplo tuyo,
a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en el cielo.*

ASE 227

Dejarse formar por María, la Virgen fiel

146. La formación monfortiana nos introduce en la misma dinámica de fidelidad que vivió el Padre de Montfort. El supo cómo acoger de manera excepcional la función de la Virgen María como maestra y guía en el camino de la configuración a Cristo: SA 25. *En la escuela de María*, nuestro recorrido de formación es *un itinerario específico de consagración monfortiana*: comulgamos con la fe pura de María: VD 214, que nos conduce a la inteligencia del espíritu que refleja su *dócil acogida y obediencia* a la voluntad de Dios: Lc 1, 26...; Jn 19, 25... Aquí cada monfortiano se ve siempre mejor introducido en una prudente humildad y en la “libertad de aprender durante toda su existencia, a cualquier edad y en todas las estaciones de la vida, en cualquier ambiente y contexto humano, de toda persona y de toda cultura”⁶⁵. Como Jesús se hizo dependiente de María en su humanidad, nosotros dependemos de ella para llegar a una humanidad renovada.

147. Este itinerario comprende también *actitudes* que hacen posible y realizable nuestro camino de formación. Las principales son:

- La *implicación entera, responsable y activa* de la persona, primera responsable del proceso educativo: Jn 2, 1- 11.
- Una *actitud fundamentalmente positiva* en las confrontaciones con la realidad, actitud de *reconciliación y gratitud* frente a su historia personal y a la historia de los otros: Lc 1, 39-56.
- La *libertad interior* y el deseo de dejarse “instruir a partir de todo fragmento de verdad y de belleza que haya alrededor de sí”⁶⁶.
- La capacidad de *relación con la alteridad*, es decir, de integración fecunda – activa y pasiva – de la realidad objetiva, otra y diferente de *mi*, hasta dejarse formar por ella: Lc 2, 33...

148. Si la espiritualidad del Padre de Montfort se dirige a todo cristiano, está ciertamente destinada en primer lugar a quienes son llamados a ser *libres*, los verdaderos servidores e

⁶⁵ *Partir de nuevo de Cristo*, 15.

⁶⁶ *Ibid.*

“hijos de María... engendrados y concebidos por su caridad, alimentados... educados por sus cuidados, sostenidos por su brazo y enriquecidos con sus gracias”: SA 11.

149. Sostenidos por tales actitudes marianas, nuestro itinerario de formación se revelará progresivamente como un *camino de conversión permanente*, pues está centrado en una auténtica experiencia de Dios revelado en Jesucristo, en otras palabras, edificado sobre la acogida del misterio de muerte y resurrección en cada dimensión y en cada etapa de la vida. Es *morar con María, ser como ella*, en el cumplimiento en nosotros del misterio pascual: es dejar que el Padre actúe en nosotros por el Espíritu Santo que libera, así nos cueste dejarlo actuar. Es un abandono continuo en sus manos de nuestra vida conducida por el Espíritu, tanto a nivel personal como a nivel comunitario.

150. La realidad humana con frecuencia se compone de crisis, de muerte y de pecado: si queremos que nuestra vida religiosa y misionera se encarne en ella de manera profética y sea testigo del Dios de la vida: Hch 1,8, debemos alimentarla de esta dinámica pascual que integra muerte y vida, limitaciones y esperanzas, necesidades y valores. Nacerá entonces una espiritualidad que permitirá la transformación, la conversión, la esperanza; una espiritualidad pascual marcada por la tensión escatológica. Así debe ser la espiritualidad “de monfortianos indisolublemente unidos a María y llenos del Espíritu que el Resucitado nos dejó y cuya función es conducir a la humanidad hacia la verdad total: Jn 16, 13⁶⁷.

151. El proceso que nos conduce en esta *manera de ser*, es precisamente el que propone el Padre de Montfort cuando describe la consagración perfecta a Jesús por María: VD 120... En efecto, si sustituimos la expresión *proceso de formación* por la palabra *devoción* en VD 121, tenemos en el Padre de Montfort una descripción pertinente de nuestro recorrido de formación continua.

Este proceso de formación “consiste pues en una entrega total a la santísima Virgen, para pertenecer, por medio de ella, totalmente a Jesucristo. Hay que entregarle:

1º nuestro cuerpo con todos sus sentidos y miembros;

2º nuestra alma con todas sus facultades;

3º los bienes exteriores..., presentes y futuros;

4º los bienes interiores y espirituales, o sea, nuestros méritos, virtudes y buenas obras pasadas, presentes y futuras.

En dos palabras: cuanto tenemos o podamos tener en el futuro, en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, sin reserva alguna - ni de un céntimo, ni de un cabello, ni de la menor obra buena -, y esto por la eternidad, y sin esperar por nuestra ofrenda y servicio más recompensa que el honor de pertenecer a Jesucristo por María y en María, aunque esta amable Señora no fuera —como siempre lo es— la más generosa y agradecida de las creaturas”: VD 121.

⁶⁷ P. Gérard Lemire, *Las exigencias actuales de la formación*, S.G. 04/1989, 3.3.2.

Dejar que María nos forme: Elegir la dependencia como camino de libertad

152. El primer paso para comenzar o recomenzar este recorrido de formación consiste siempre en la disponibilidad de la persona a ser transparente para sí misma, para los otros y para Dios. Lo damos al dejarnos formar por María. Nos hacemos disponibles y transparentes acercándonos a ella. María nos “forma” cuando le entregamos nuestra persona como una cera líquida que espera la impronta del sello. Dependere de María es un camino de libertad. Cuanto más dependemos de María en las acciones concretas de la vida, tanto más unidos vivimos a su Hijo. Por nuestra entrega total a María, pertenecemos completamente a Cristo viviendo más perfectamente los votos de nuestro Bautismo. Por ello es indispensable el “acto de disponibilidad” a dejarnos formar por María. Exige la intención de tomar sin reserva este camino de disponibilidad; pues tomarlo conservando una “salida de seguridad” es correr un gran riesgo.

153. Poniéndonos en manos de María, el mito de la libertad como independencia total o absoluta libertad de elección se trueca en libertad vista como pertenencia, compromiso de depender de otro. En esta perspectiva, estamos “en la onda” del Nuevo Testamento que propone la libertad no como independencia, sino como amor. La intensidad del amor determina también la libertad del compromiso y de la dependencia. Ninguno puede decirse libre si no tiene el valor de entregarse completamente a la persona a la cual está llamado a amar. A largo plazo, esta libertad vivida en el compromiso dará unidad a la persona y la hará testigo sólido de la misma.

“Hacer todas sus acciones por María, con María, en María y para María, a fin de hacerlas más perfectamente por Cristo, con Cristo, en Cristo y para Cristo”: VD 257.

154. En las prácticas interiores que nos propone el Padre de Montfort, vemos una ilustración práctica de la radicalidad de la consagración, por la cual hacemos la elección de la fidelidad y la entrega total y absoluta de nosotros mismos. De hecho, estas prácticas son variantes de una sola práctica central de nuestra entrega a Jesús por María. Todo está orientado a Jesucristo, nuestro Redentor y nuestro Dios que, recibe el don total de nuestra vida él solo. Las prácticas interiores son una verdadera pedagogía, ya que su meta es hacer disponible a María todo nuestro ser de manera progresiva: nuestros comportamientos, nuestras actitudes, nuestros sentimientos y motivaciones y aún nuestras opciones fundamentales – a fin de que nuestra vida entera y nuestra misión de monfortianos sean las del Hijo de Dios, las de un verdadero discípulo de Cristo, conducido por el Espíritu. Aceptar ser educado y formado de esta manera, es aceptar ser guiado por María y tomar con entusiasmo este camino de conocimiento y de liberación.

Aprender a hacer todo por María

155. Crecer en la capacidad de actuar por María significa dejarnos educar y conducir por el espíritu de María: VD 258. Nos vemos a nosotros mismos y vemos a los demás y toda la realidad a través de su espíritu que es el Santo Espíritu de Dios.

156. Ponerse en concordancia con el espíritu de María exige renuncia continua a nosotros mismos y a nuestro egoísmo. Abandonarnos a María nos aparta de nuestras inconsistencias: VD 259, que son deseos que no corresponden a los de María. Esto da una conciencia nueva que nos ayuda a dejar atrás las diferencias entre nuestros valores proclamados y nuestros valores realmente vividos, esta incoherencia que descubrimos en la observación atenta de nuestras opciones, de nuestros gustos y preferencias, por ejemplo lo que nos causa placer y sufrimiento, nuestra manera de reaccionar frente a los éxitos, a los fracasos y a los conflictos, nuestra forma de expresarnos impulsivamente,...

157. Entregarse al espíritu de María significa renunciar a nuestro habitual modo de leer nuestro pasado y nuestro presente, de interpretar las personas, las cruces y los sufrimientos. María, Mujer de escucha, nos reconcilia con nosotros mismos, nos ayuda a reconocer la presencia de Dios y de la Providencia en nuestra historia, que puede llegar a ser una historia de salvación.

Aprender a hacer todo con María

158. ¡Nuestro viaje de renuncia continua! Después de haber mirado seriamente nuestros deseos discordantes, después de haber aprendido a leer nuestra historia por María, podemos tomarla como modelo de nuestro comportamiento.

“... Hay que realizar las propias acciones con María, es decir, mirando a María como el modelo acabado de toda virtud y perfección, formado por el Espíritu Santo en una pura creatura, para imitarlo según nuestras limitadas capacidades. Es, pues, necesario que en cada acción miremos cómo lo hizo o lo haría la santísima Virgen si estuviera en nuestro lugar. Para esto debemos examinar y meditar las grandes virtudes que ella practicó durante toda su vida, y particularmente: 1º su fe viva, por la cual creyó sin vacilar en la palabra del ángel y siguió creyendo fiel y constantemente hasta el pie de la cruz en el Calvario; 2º su humildad profunda, que la llevó siempre a ocultarse, callarse, someterse en todo y colocarse en el último lugar; 3º su pureza totalmente divina, que no ha tenido ni tendrá igual sobre la tierra. Y, finalmente, todas sus demás virtudes: VD 260.

159. Actuar con María nos hace conformes a su Hijo, porque María es el molde de Dios en el cual somos remodelados. “Quien halla este molde y se pierde en él, muy pronto se transformará en Jesucristo, a quien este molde representa perfectamente”: VD 260⁶⁸.

160. Meternos en este molde que es María nos llama a dejar atrás nuestra dureza de corazón y volvernos maleables adaptándonos a ella. Hacemos nuestros los programas de María, sus actitudes, sentimientos y virtudes. Renunciamos a nuestras maneras habituales de obrar, a nuestras aproximaciones típicas de hacer opciones y de juzgar. Nos guiamos por su estilo evangélico. Imitando a María, preferimos ser guiados por ella antes que confiarnos a nuestras propias iniciativas.

⁶⁸ SM 16.18.

Aprender a hacer todo en María

161. La práctica interior, que nos vacía de nosotros mismos para ser cada vez mejor formados a imagen de Jesús, nos lleva a morar en María, gran espacio abierto a la presencia y a la acción de Dios, jardín sellado y paraíso terrestre en el cual Dios nos puede cultivar: VD 261-264. María se convierte en nuestro oratorio en el cual nos olvidamos a nosotros mismos, inmersos en oración: SM 47. Actuar en María nos conduce a tomar conciencia continuamente de la gracia de Dios en acción. Ella es el lugar donde se encuentran el cielo y la tierra. El lugar de la Encarnación se convierte en el lugar de nuestra divinización. Allí somos protegidos y alimentados: VD 33. Si moramos en ella, creceremos progresivamente en la familiaridad con María y en la conciencia de la presencia de Jesús en nosotros.

162. El misterio de nuestra vida y acción en María está bien expresado en el poema de una carmelita, Jessica Powers, *Adviento*:

Vivo mi adviento en el seno de María...
De ella he de nacer bendecida por la gracia.
Metida en la tiniebla-de-María,
Lugar envuelto en fe,
Aguardo, en esperanza, la natividad.
Hace mucho tiempo lo sabía:
Ella me llevaba, me nutría,
Me guardaba, me acariciaba,
Pero yo no lo veía.
Y hoy, muy de repente,
-¡qué felicidad en el fondo del alma!-
capté lo increíble sobre la tierra:
Alguien, en la Tiniebla,
Oculto está conmigo.

Actuar y morar en María nos conduce a la presencia continua de Jesús, Sabiduría hecha carne en ella.

Aprender a hacer todo para María

163. Progresivamente, dejamos atrás nuestro interés y desarraigamos los motivos sutiles, escondidos y egoístas de nuestras acciones. Esto sucede cuando podemos obrar para María y a su servicio. Actuamos totalmente dedicados a su servicio, conscientes de que la gloria de Dios es el fin último de todas nuestras acciones: VD 265; SM 49. Tratamos de atraer a todos hacia ella para que su Hijo sea más amado. Olvidándonos a nosotros mismos, nada esperamos por nuestras acciones.

164. Las prácticas interiores descritas por el Padre de Montfort son en realidad maneras diferentes de vaciarnos de nosotros: Fil 2, 7. Nuestra consideración es una entrega continua de nosotros mismos, completa y entera, a Jesús por las manos de María hasta que seamos, por así decirlo, despojados, cubiertos solamente por las aguas de nuestro

Bautismo, poniendo nuestra confianza únicamente en Jesús cuya vida se nos comunica por el Bautismo.

165. La vida *para María* nos sitúa bien lejos de la simple influencia de pensamientos piadosos. Es una actitud que forma nuestra manera de obrar, que modela todas nuestras acciones, que afecta nuestra manera de ser con los otros y que guía nuestra aproximación a quienes tenemos la ocasión de encontrar por nuestro ministerio.

166. Este caminar no puede ser superficial, ya que es el centro de la persona. Es un caminar que va de las falsas sabidurías y de las falsas imágenes de nosotros mismos, a la verdad sobre nosotros. Permanecer bajo la mirada de María exige con frecuencia esfuerzo: VD 259, 3°. Podemos estar tentados de escapar a su luz, al menos momentáneamente, para hacer más libremente, con falsa libertad, lo que nos place más que lo que ella desea, es decir, nuestro bien. Cuando comencemos a amar y acoger a María como nuestro modelo y Madre, empezaremos a escuchar más fuertemente el llamado a ser lo que realmente somos. Esta verdad nos hará verdaderamente libres al confiarnos a María. Nuestra Señora del Espíritu de Verdad, y con su presencia amable, nos enseñara a decir “sí” a la Verdad.

El fin del proceso de formación: nuestra conformación con Cristo

167. En la primera parte de este volumen, vimos el modelo de formación que, como monfortianos, hemos de aprender a respetar si queremos conformarnos al Espíritu de Cristo. En la escuela de María, cada día preparamos el terreno para que nuestra vida tome esa forma. El que mora en María ha comenzado ya a construir en la libertad esta nueva madurez, dándose un nombre nuevo. La formación nos permite entrar, de manera segura y sensata, en una nueva realidad, en un nuevo contexto de sentido y de valor. Solamente así podemos hablar de nueva creación en Cristo; de lo contrario seríamos a penas turistas que se habitúan por un momento a un lugar nuevo y luego retornan a casa.

168. La escuela de María con la ayuda de mediaciones humanas, nos hace capaces de dejarnos guiar en este proceso de formación, de identificar el objetivo de este caminar, experimentando la nueva identidad emergente. Todo esto implica que seamos a la vez activos y pasivos, es decir que decidamos libremente dejarnos formar por María a semejanza de Cristo. Ser conformes a Cristo, nuestra norma, nuestra regla, nuestra vida: es en efecto el fin de nuestra ofrenda cotidiana entre sus manos.

Hacer todo por Cristo

169. El acto de fe es el corazón de la formación; no una fe vaga, sino la fe en Alguien. Contemplamos a Jesús a la luz del carisma monfortiano, y nos formamos así según los sentimientos de Cristo hacia su Padre, hacia la humanidad, hacia la vida y la muerte. Esta contemplación pone en primer plano la dimensión mística de la vida monfortiana. Como estamos en capacidad de gustar y acoger en lo profundo de nuestro ser lo que Dios en él realiza, somos conducidos en el misterio del amor de Dios y formados por él. En esta perspectiva, la libertad monfortiana es mística por naturaleza. La libertad emana del atractivo a ser iluminados por la Belleza y a contemplar el esplendor de la Verdad que es

Jesús. La verdadera libertad no precede la experiencia mística: cuanto más seamos atraídos por el don de Dios, tanto más libres seremos en nuestras opciones. El amor casto del celibato consagrado es la expresión del aspecto místico de nuestra vocación y sin él sería incomprensible.

170. Todo programa de formación del hombre nuevo, debería siempre y continuamente, partir de la relación con el Señor, en la cual permanecemos en su presencia y sentimos su mirada amorosa: Mc 10,21. Permanecer en Cristo nos lleva a obrar por él. A su lado, aprendemos a recibir la inmensidad de un amor eterno e infinito que toca las raíces de nuestro ser y abraza nuestra vida, llamándonos a opciones coherentes⁶⁹.

Hacer todo con Cristo

171. Si Cristo está en el centro de todo: VD 61, él anima cada una de las opciones que hacemos con fe en él. Nuestra formación implica una transformación en la cual deseamos por encima de todo hacer solamente lo que contribuye al Reino de Dios. Compartimos el celo apostólico de Jesús y hacemos nuestras opciones según la lógica de Cristo que vino a traer fuego a la tierra. Nuestra interacción con la personas y las cosas, nuestros deseos y proyectos se centran cada vez más en nuestro actuar con Cristo.

172. Si Cristo es el principio y fin de todo, si es la motivación esencial de nuestras acciones, nuestra vida entera estará marcada por la misma pasión de Jesucristo, Sabiduría eterna; entonces reconoceremos este amor por todas partes y en toda circunstancia. Obrando así, llevaremos el amor salvífico de Jesús a todos los que encontremos.

Hacer todo en Cristo

173. Nuestro corazón comienza a latir de manera cada vez más natural al ritmo de los sentimientos de Cristo y no por obligación. Vivir y actuar en el amor y la compasión del corazón de Jesús se hace natural y fuente de gozo, aún en los sufrimientos que esto comporta. Esta formación del corazón sólo es posible por la oración frecuente, en la cual encontramos refugio en Cristo. Nuestro corazón se dilata cuando permanecemos en adoración silenciosa delante de Dios, dejando que el Padre, que engendra a su Hijo, la Sabiduría eterna y encarnada, engendre en nosotros los sentimientos de su Hijo. Sólo en el tiempo pasado delante del Padre, en Cristo, por el Espíritu Santo, se puede efectuar en nosotros esta transformación.

Hacer todo para Cristo

174. Si el corazón comienza a latir de manera nueva, es por que la vida cambia. Es posible adquirir nuevos hábitos, nuevos estilos de actuar con el ardor de quien ha descubierto o redescubierto un tesoro. Esta formación nos dará una conciencia centrada en Cristo, expresada en una sensibilidad, una calidad de deseo, un gusto por la virtud, una nueva energía para obrar el bien. La prueba de esta manera de hacer todo para Cristo se verá en las pequeñas cosas, las pequeñas decisiones cuya presencia permanece. Todo se hace importante si es expresión de este crecimiento: de una mejor preparación de la liturgia a la

⁶⁹ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Redemptoris Donum*, 3.

celebración frecuente del sacramento de la reconciliación; de un gracias a un hermano a la gentileza mostrada a quienes llaman a nuestra puerta; del servicio de la caridad a la paciencia ante las limitaciones de la comunidad y de los hermanos. Esta aproximación es una actitud que se traduce en gestos concretos.

Vivir en relación

175. El recorrido de formación continua hace del monfortiano un hombre en relación, y ésta lo hace de manera que pueda expresar la relación de María a Dios.

176. El monfortiano es un hombre llamado a vivir en una Compañía, un hombre disponible al Espíritu Santo y a quienes están constituidos en autoridad; un hombre atento a las necesidades urgentes de la Iglesia. Esto requiere de capacidad para vivir en una red de relaciones. La formación ayudará a “vivir en relación” – no solamente con los formadores, sino consigo mismo, con los otros, con Dios y con toda realidad. Estas relaciones obran ellas mismas como una influencia formadora en la vida del monfortiano.

177. En este “camino de relación” o disponibilidad, hay diversas cualidades que es preciso desarrollar como un arte con los demás. Ellas comportan:

- el conocimiento de sí, a desarrollar siempre, y la madurez afectiva;
- la apertura a la transparencia, la apertura del corazón, por ejemplo, la capacidad del Padre de Montfort para hablar de sí mismo en sus cartas;
- la confianza básica que permite, por ejemplo, aceptar los cambios de misión, cooperar con quienes tienen la autoridad en la comunidad y en la Iglesia;
- el discernimiento como aprendizaje y ejercicio de disponibilidad en la obediencia;
- el respeto de los otros;
- la capacidad de afrontar las diferencias y los conflictos;
- la capacidad de compartir entre hermanos nuestro caminar en la fe.

178. Nuestra formación continua está marcada por una devoción auténtica; es una camino interior que abre a la confianza, a la constancia, a la santidad; tiene por fin único a Dios solo en María: VD 105-110. Este proceso de formación nos hace capaces de adquirir un estado de alma que, según el Padre de Montfort, se sitúa en el corazón de la consagración a Jesús por María. Aprendemos a perseverar en el espíritu de esta devoción entregándonos completamente a Jesús sin reserva, colocándonos en María, molde de Dios, viviendo en María para que Jesús que vive en María pueda venir a vivir en nosotros.

179. La perseverancia pide el cuidado constante del Arbol de la Vida que está plantado en nosotros a fin de que dé su fruto que es Jesús: SM 70-78. El acto específicamente monfortiano de vaciarnos de nosotros mismos y de entregarnos consagrándonos a Jesús por manos de María no echará nunca raíces en nosotros si queda simplemente en un gesto ocasional o en un ritual vacío: SM 44. Permanecer centrados en nuestra vida de consagración monfortiana es la cosa más difícil en este mundo colmado de distracciones: VD 89. Preservar el espíritu de esta consagración es un reto que sólo puede ser afrontado con la gracia de Dios.

“Algunos se detendrán en lo que tiene de exterior, sin pasar de ahí: será el mayor número; otros, en número reducido, penetrarán en lo interior de la misma, pero se quedarán en el primer grado. ¿Quién subirá al segundo? ¿Quién llegará hasta el tercero? ¿Quién, finalmente, permanecerá en él habitualmente? Sólo aquel a quien el Espíritu Santo de Jesucristo revele este secreto y lo conduzca por sí mismo para hacerlo avanzar de virtud en virtud, de gracia en gracia, de luz en luz, hasta transformarlo en Jesucristo y llevarlo a la plenitud de su madurez sobre la tierra y perfección de su gloria en el cielo: VD 119.



TERCERA PARTE

UN CAMINO QUE HEMOS DE HACER
JUNTOS

COORDINAR NUESTRA FORMACIÓN

*Espíritu Santo, acuérdate de producir y formar hijos de Dios
con María, tu divina y fiel Esposa.*

*Tú formaste con ella y en ella la Cabeza de los predestinados.
Con ella y en ella debes formar también a todos sus miembros...
Todos los santos que ha habido y habrá hasta el fin del mundo
son otras tantas obras de tu amor unido a María.*

SA 15

180. No aprendemos a ser monfortianos cada uno por su lado. Juntos hacemos este caminar, unidos en una sola compañía; crecemos y aprendemos juntos para realizar juntos nuestra misión. No aprendemos pues solamente cómo emprender este recorrido, aprendemos a realizarlo juntos. Son necesarias por tanto una organización y coordinación apropiadas; esto corresponde a quienes tienen a su cargo la autoridad. Sin embargo, no hay organización ni coordinación en el campo de la formación que puedan tener éxito sin que todos participen y cooperen en las mismas.

181. La formación es obra conjunta de Dios y del hombre que unen sus esfuerzos para llevar la persona a su crecimiento a imagen de Cristo. La experiencia del amor del Padre – ligada al hecho de que la persona se sienta amada de Jesús y de María – y la presencia solícita de los hermanos, crean para el candidato y luego profeso monfortiano, el ambiente cálido en el cual encontrará las condiciones indispensables para su crecimiento hacia la plena madurez.

182. La oración mutua reforzará la confianza, la comunión y la comprensión, que son esenciales entre el *acompañante* y el *acompañado*, respecto del ritmo de la búsqueda de su identidad. Formar la persona, ayudarle a responder con mayor generosidad, es un proceso de crecimiento en una relación de amistad que necesita la intervención de Dios y del hombre.

183. Favorecido por la acción conjunta de los comprometidos que intervienen en momentos diferentes y según diversos modos, el monfortiano aprenderá a lo largo de toda su vida, a profundizar el sentido del llamado, a leer los signos de los tiempos, apropiándose de los instrumentos necesarios a su misión. Así alcanzará la gracia de realizar un recorrido sereno y gozoso de fidelidad creativa

Capítulo 7

NUESTROS COMPAÑEROS DE RUTA LOS QUE INTERVIENEN EN LA FORMACION

*¡El cariño cristiano y paternal que les tengo es tan grande,
que les llevaré siempre en el corazón, en la vida, en la muerte y en la eternidad...*

Les ruego a todos... que me acompañen en la plegaria...

Busco la divina Sabiduría, ayúdenme a encontrarla...

No cabe duda: solo y miserable como soy: S 24, 16, pereceré,

Si la santísima Virgen y las almas buenas,

Las de ustedes en particular,

No me sostienen y alcanzan de Dios

el don de la Palabra o la divina Sabiduría...

Carta a los habitantes de Montbernage

184. La lista de los que intervienen en la formación, o sus agentes, que damos ahora, sorprenderá tal vez a algunos. Recordemos que se trata de *formar a todo el hombre y todo en el hombre*. ¿Hay acaso una persona o instancia que se pueda dejar de lado si se quiere dar todas las oportunidades a la formación de apóstoles capaces de construir una vida comunitaria y de servir la misión en las cuales el Padre de Montfort podrá reconocer la Compañía por la cual tanto oró?

La Trinidad, la Virgen María y el Padre de Montfort

185. “Es **Dios mismo** quien llama a la vida consagrada en el seno de la Iglesia”⁷⁰. Y quien mantiene la iniciativa como “el primero y principal agente” a lo largo de todo el itinerario de la formación⁷¹. **El Espíritu** de verdad actúa en el corazón de cada uno... Su unción “hace gustar, apreciar, elegir”⁷². “A la obra del Espíritu siempre ha estado asociada la **Virgen María**, Madre de Dios y Madre de todos los miembros del Pueblo de Dios”⁷³. En María, encuentra el monfortiano “el ambiente” de su abandono total a la acción de Dios y del gozo que de él emana. El itinerario monfortiano es evidentemente inspirado y guiado por el proyecto espiritual y apostólico de **san Luis María**.

La comunidad eclesial

186. “La Iglesia, como tal, es el sujeto comunitario que tiene la gracia y la responsabilidad de acompañar a todos los que llama el Señor a ser sus ministros”⁷⁴. “La tarea de formación se desarrollará necesariamente en comunión con **la Iglesia**, de la cual son hijos los religiosos, y en obediencia filial a sus pastores”⁷⁵.

⁷⁰ *Potissimum Institutioni*, 19.

⁷¹ *La enseñanza de la Iglesia sobre la Vida Religiosa*, Elementos esenciales, SCRIS, 1983, 47.

⁷² *Potissimum Institutioni*, 19.

⁷³

⁷⁴ *Pastores dabo vobis*, 65.

⁷⁵ *Potissimum Institutioni*, 23.

187. A ejemplo del fundador, el monfortiano vive lealmente su comunión con el Papa y los obispos: RM 22, y da testimonio de ello con claridad. “No puede contemplar el rostro de Cristo sin verlo resplandecer en el de su Iglesia. Amar a Cristo significa amar la Iglesia en sus personas e instituciones”⁷⁶.

La persona como primera responsable

188. La persona misma es quien “tiene la primera responsabilidad de decir sí al llamado que ha recibido y de asumir todas las consecuencias de la respuesta”⁷⁷. El monfortiano debe estar convencido de que es él el primer responsable de su formación, de su crecimiento y de su renovación personal. A él corresponde acoger lo que le es ofrecido, de hacer la unidad en su persona, y de organizar su vida en función de su misión.

El Consejo general y el de las entidades⁷⁸

189. “Animar” quiere decir “dar la vida”. Es crear un movimiento, nutrirlo, alimentarlo. La animación constituye una dimensión vital del ejercicio de la autoridad, que es esencialmente un servicio de la vida fraterna, una aceptación en las estructuras del hecho que cada uno es “guardián de su hermano”: Gn 4, 9.

190. En lo referente a la formación, esta animación sigue a las estructuras normales de la Compañía. Corresponde pues al Superior general y a su Consejo dar las orientaciones y líneas directrices de la formación monfortiana y velar por que sean aplicadas por quienes tienen tal deber a nivel de las entidades de la congregación.

191. En este campo, como en todos los otros, el ejercicio de la autoridad comporta riesgos y retos. Para ello, los superiores además de basarse en su experiencia y voluntad de preocuparse por las personas y respetar las normas, estarán dispuestos siempre a consultar expertos y la comisión de formación de la entidad. Escucharán también de buen grado a los hermanos que poseen dones particulares de discernimiento y de comunicación fraterna.

La comunidad

192. Como hijo de una familia divina y humana, el monfortiano aprende a crecer y madurar en sus relaciones con Dios, y, al mismo tiempo, “en la fraternidad, aprende a vivir con quienes ha puesto Dios a su lado”⁷⁹. Cerca del candidato o del religioso nunca debe faltar la función de **la comunidad**⁸⁰, llamada a ser formadora ya que “permite a cada uno de sus miembros crecer en la fidelidad al Señor, según el carisma del Instituto”⁸¹.

193. En la comunidad aprende el monfortiano *el arte de la comunicación cotidiana*: con Dios, particularmente en la oración en común; con los hermanos, aprendiendo a conocerlos

⁷⁶ *Partir de nuevo de Cristo*, 32.

⁷⁷ *Potissimum Institutioni*, 29. *Ratio Institutionis Monfortiana*, 1987, 68.

⁷⁸ *Ratio Institutionis Monfortiana*, 1987, 18-22.

⁷⁹ *Vita Consecrata*, 67.

⁸⁰ *Ibid.*

⁸¹ *Potissimum Institutioni*, 27 y 15.

bien, y consigo mismo, descubriendo lo que puede apropiarse de los elementos motivadores que lo impactan en la persona y acción de los hermanos.

194. La comunidad se convierte así en una escuela privilegiada – un laboratorio divino, se podría decir – de humanización, de libertad, de obediencia y de humildad. Si se cultiva de verdad el “actuar juntos”, el ministerio apostólico no sólo será más creativo y fecundo, sino que llegará a ser cada vez más claramente el testimonio evangélico que debe ser.

195. Es bueno repetir que hay en ciertas comunidades hermanos que, sin tener ninguna función oficial en el campo propiamente dicho de la formación, son modelos de las reglas vivas, de las fuentes de inspiración y de crecimiento para los hermanos que con ellos viven.

Los formadores

196. En toda gestión de educación, es indispensable acoger en la fe la persona del formador y resaltar su dimensión “sacramental” que hace de él el signo e instrumento de Cristo empeñado en la edificación de su Cuerpo. Cuando los formadores cumplen su misión en equipo, se convierten en modelos de colaboración y eso mejora la coordinación de la marcha.

Dada la importancia de su función en el proceso de la formación permanente, será descrita con toda la amplitud que conviene en la segunda parte del volumen.

El director espiritual

197. Desde el nacimiento de la vida monástica y religiosa, siempre ha sido determinante en la formación de los discípulos la presencia de un *guía espiritual*. La vida de san Luis María es un buen ejemplo.

198. En nuestro mundo en el cual reina la incertidumbre sobre el sentido mismo de la vida y la pertenencia de la fe, el joven, el adulto y aún el anciano, pueden llegar a dudar de sus convicciones. Por eso, para nosotros que tenemos que vivir en ese mundo en el cual se cuestionan tantos valores fundamentales mientras nosotros queremos dar testimonio del mundo futuro, la presencia de un guía espiritual es doblemente esencial. Iluminado, discreto y disponible, él permite una evaluación continua de la autenticidad de nuestro caminar. Tenemos de verdad necesidad de un guía seguro, que conozca y prevea el recorrido, que acompañe y anime – tanto en la vida cotidiana como en los momentos difíciles – sin sustituir al discípulo en la responsabilidad de las decisiones.

Los laicos

199. el carisma de san Luis María de Montfort, suscitado por el Espíritu Santo para bien de todos y puesto en evidencia por la Iglesia, está abierto a la comunión y a la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios. El monfortiano puede encontrar en los laicos, sobre todo entre los asociados, no solamente colaboradores en la gestión de las obras, sino también “la justa relación de comunión y una experiencia renovada de

fraternidad evangélica y de mutua emulación carismática, en una complementariedad siempre respetuosa de la diversidad”⁸². La *Carta a los Habitantes de Montbernage* nos recuerda bien que el Padre de Montfort los consideraba como actores importantes de su formación continua.

Los pobres

200. El monfortiano, fiel al fundador y a su carisma, tendrá marcada predilección por la primera bienaventuranza: “Felices los pobres”: Lc 6, 20, proposición fundamental de Jesús para entrar en el Reino, que comienza *aquí y ahora*.

201. Para no ser incoherente, él no será pobre solamente *en espíritu*, sino que cultivará el *espíritu de pobreza*, que lo hará un auténtico testigo de la Providencia, siguiendo a Jesús que se despojó de todo en un total abandono y lleno de confianza en el Padre.

202. La cercanía a los pobres, la vida al lado de ellos, será un criterio de discernimiento para sus inserciones y sus esfuerzos apostólicos: de esa manera podrá dejarse evangelizar por ellos y entrar más fácilmente en el camino de una auténtica conversión. Estar al lado de los pobres significa también estar al lado de los que son rechazados, de los enfermos, ancianos, afligidos, sin olvidar a los inmigrados y a los refugiados. Este criterio se expresará en nuestra vida y misión, ya sea en forma de cercanía y de ternura para con ellos, o en forma de reconocimiento de nosotros mismos, con María, como pobres de Yahvé. Estas líneas de atención, esenciales para nosotros, constituyen una luz que, además de purificarnos y transformarnos, aclara la evaluación de la calidad de nuestra vida religiosa, de nuestra vida de pobreza, de obediencia, de castidad⁸³.

⁸² *Partir de nuevo de Cristo*, 31.

⁸³ P. William Considine, *El carisma espiritual y apostólico de san Luis María y los misioneros monfortianos hoy*. S.G. 01/2001. 3.1 y 3.2.

Capítulo 8

UNA COMPAÑÍA BIEN ORDENADA LOS NIVELES DE RESPONSABILIDAD

*Los superiores deben cumplir su oficio generosamente,
construyendo con sus hermanos una comunidad en Cristo
en la cual Dios sea amado y buscado por encima de todo⁸⁴.*

203. La formación es obra de Dios y del hombre: tiene por tanto necesidad de las mediaciones humanas, a partir del compromiso de la congregación en general hasta la implicación de cada religioso en particular, Nadie tiene el derecho de creerse liberado de la responsabilidad de la formación. La formación permanente es una realidad compleja y articulada, que exige la participación bien orquestada y solidaridad de todos los miembros de la congregación.

204. De hecho, *el sujeto y el responsable* de la formación permanente, es tanto el individuo como el que presta el servicio de la autoridad; *el lugar* de la formación permanente es la comunidad, y al mismo tiempo el apostolado mismo y el sitio donde se pasa la vida ; *los momentos* de formación permanente son los días ordinarios y las actividades corrientes, y también las iniciativas extraordinarias propuestas por quienes aseguran el servicio de la autoridad.

205. Además, es parte del estilo propio del gobierno de la comunidad apostólica monfortiana de ayudarla a “ser cada vez mejor lo que debe ser”: Est. 57, y tener bien en cuenta los principios de subsidiariedad, de corresponsabilidad y de unidad en la diversidad: Est. 53-56. Una buena coordinación entre los diversos niveles es pues necesaria para crear las condiciones favorables a los procesos de animación, de participación y de responsabilidad respetando la creatividad de la persona, la obediencia a la autoridad y la unidad de la congregación.

A nivel de la congregación

206. El Superior general y su Consejo son los responsables de las grandes orientaciones de la formación en la Compañía. Se esfuercen por todos medios posibles en crear una mentalidad que la favorezca, no sólo a nivel de las ideas, sino también en la práctica, animando a cada monfortiano a un crecimiento concreto en la fidelidad a su propia vocación, acompañando las iniciativas y colaborando en los programas internacionales de formación.

207. El programa de formación permanente propuesto por la administración general debe no solamente ser claro para todos, sino que cada uno ha de comprender que liga a todos los hermanos y que nadie puede considerar su aplicación como algo facultativo.

⁸⁴ *La enseñanza de la Iglesia sobre la vida religiosa. Elementos esenciales, SCRIS, 1983, III, Diversas normas.*

208. la promoción de una mentalidad y práctica de formación permanente puede hacerse por los instrumentos de que dispone la administración general: cartas circulares, coloquios, creación de comisiones apropiadas, proposición de temas, oferta de subsidios, programación de itinerarios de formación para un tiempo determinado a nivel general o interprovincial, supervisión de lo que se realiza en el lugar, contactos personales,...

209. Además, es necesario señalar que la participación en un proyecto común de formación – y la aceptación de su contenido – demuestra en sí el interés, la estima fraterna, el apoyo y la atención que tenemos los unos por los otros; es un signo tangible del sentido de pertenencia a la congregación, que es una en su diversidad.

A nivel de las Provincias y Delegaciones

210. Los superiores de las Provincias y Delegaciones y sus consejos tienen la responsabilidad de promover la formación como necesidad vital en vista del crecimiento de cada uno: Est. 48. Muchas orientaciones de la administración general deben ser adaptadas e integradas en los programas nacionales y locales que tiene en cuenta los aspectos particulares. Corresponde a los responsables de las entidades definir un proyecto de formación permanente bien adaptado, organizar actividades especiales, y proponer iniciativas periódicas: mensuales o anuales. Esto se hará en relación constante al programa de la congregación, teniendo en cuenta las exigencias y posibilidades locales y los últimos desarrollos en este campo.

211. Se deberá implicar a todos los hermanos y a todas las comunidades, con criterios que tendrán en cuenta naturalmente, la diversidad de los ministerios, las funciones y todos los demás aspectos que puedan favorecer la homogeneidad de los diversos grupos.

212. En los países donde las conferencias nacionales o internacionales de religiosos o las conferencias episcopales ofrecen programas periódicos de estudio y reflexión religiosa o pastoral, se buscará guardar un justo equilibrio, sin perder de vista que la familia religiosa es el lugar normal, el agente natural, la mediación providencial de la formación del consagrado: allí está *oculta* su identidad, allí lo ha colocado el Padre y continúa otorgándole sus dones.

213. Además, hoy es importante encontrarnos juntos, para recordarnos los motivos de nuestra consagración religiosa, para soldar de nuevo las cadenas de una fraternidad más fuerte que los lazos de la carne y la sangre. De esta manera podremos caminar juntos en el mismo espíritu y extender nuestra visión y nuestra acción a horizontes que desbordan lo particular o lo local.

A nivel local y comunitario

214. La formación permanente devuelve a la comunidad su función de lugar natural de aprendizaje y crecimiento. La comunidad es, recordémoslo, el “lugar teologal donde se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado”⁸⁵.

⁸⁵ *Vita Consecrata*, 42.

215. La comunidad debe comprender bien que esta función supone la implicación de todos sus miembros, que cada uno debe aceptar ser responsable del otro y a la vez estar disponible a dejarse ayudar y formar por el otro o acoger al otro – con sus limitaciones y debilidades – como mediación de la presencia de Dios en su propia vida.

216. La vida en común constituye el contexto normal en el que el consagrado aprende diariamente el arte difícil de crecer juntos, de dejarse formar y modelar por el cohermano al cual no le une ningún vínculo según la carne o la sangre y que por ello, se convierte en instrumento misterioso de la acción formadora del Padre.

La comunidad en sí misma

217. Para ello, la comunidad debe ofrecer los instrumentos y medios, por ejemplo:

- el ritmo cotidiano, mensual, anual, debe estar en función del crecimiento de todos;
- el lugar central reservado a la oración, sobre todo a la Eucaristía, debe crear el clima de la presencia de Dios, indispensable para el testimonio de la caridad, el perdón y la reconciliación;
- un clima comunitario de confianza mutua, que favorezca un diálogo en profundidad y la participación en las iniciativas comunes.

El papel del Superior

218. Este tema será retomado en el segundo volumen. Es sin embargo esencial recordar el papel primordial de animación del superior local. El tiene el deber de utilizar a fondo los medios y los momentos que favorecerán en la comunidad el espíritu fraterno que permitirá en verdad la interacción entre hermanos, fruto del compartir de los dones espirituales por el diálogo profundo y del discernimiento que incluye la corrección fraterna.

La calidad de vida de una comunidad local depende muy a menudo de la capacidad del superior para ponerse en contacto con Dios y con sus hermanos.

A nivel individual

219. La formación permanente es a la vez derecho y deber de cada uno. Nada puede suplir la responsabilidad del individuo, ya que nadie jamás podrá vivir en su lugar el itinerario de crecimiento y renovación a que está invitado.

220. el monfortiano debe estar convencido desde el comienzo del recorrido de que, si quiere alcanzar el fin, deberá seguir siendo durante toda su vida:

- Discípulo, siempre a la escucha del Maestro;
- Peregrino, atento a cada paso a la dirección a seguir;
- Servidor de sus hermanos y de la comunidad religiosa y pastoral en la cual el Señor lo llamó a crecer.

221. Teniendo en cuenta estas situaciones, el monfortiano deberá buscar las ayudas necesarias para avanzar en su itinerario personal. En particular:

- Discernir su camino de vida espiritual. Lo hará escogiendo un acompañamiento y una programación adaptados a sus necesidades personales,...
- Consolidar los diversos sectores de su vida consagrada – y sacerdotal si es sacerdote – dedicando especial cuidado a las dimensiones humanas y apostólicas;
- Implicarse con generosidad en las iniciativas comunitarias. Su participación activa y responsable lo hará constructor de la comunidad;
- Superar la tensión que puede surgir entre el *hombre apostólico* y el *hombre de comunidad*. Alcanzará así el equilibrio del *hombre monfortiano*⁸⁶.

⁸⁶ P. William Considine, *La comunidad monfortiana apostólica*, S.G. 01/1996. Esta tensión puede revelarse dinámica.

Capítulo 9

UNA COMUNIDAD INTERNACIONAL

*¡Reúnenos de entre las gentes!...
Que todos los buenos sacerdotes esparcidos por el mundo cristiano
se reúnan con nosotros.
SA 18, 29.*

222. El Padre de Montfort deseaba una Compañía, venida de todas las naciones, bajo la guía de María, presta a construir el Reino de Dios: “Junta, reúne de todos los lugares de tu imperio a tus elegidos”: SAS 26. Las necesidades de su tiempo provocaban en él el deseo de llevar el Evangelio aún fuera de su país. Aunque su ministerio no lo llevara en tal dirección, soñaba un grupo de sacerdotes que quisieran vivir juntos más allá de las fronteras nacionales o culturales. La internacionalidad no era una realidad en los primeros tiempos de la Compañía, pero es un don que descubrimos hoy, que nos permite responder plenamente a la misión de Cristo de ir hasta los confines de la tierra, y vivir en comunión con todos y hacer realidad el sueño de nuestro fundador. Somos un pueblo que viene de lugares diversos, salido de culturas y lenguas diferentes.

223. Entre los signos de los tiempos hoy, constatamos en varias sociedades una amenaza creciente contra el respeto de la vida, la persona humana, las minorías étnicas y los pobres. La globalización económica salvaje lleva al enriquecimiento de una minoría y a satisfacer sus necesidades de poder, mientras entre los oprimidos se desarrolla un fundamentalismo radical. Los países del ‘tercer mundo’ soportan pesadamente las consecuencias de esta situación, aunque nadie puede creerse libre del peligro de ser aplastado por esta máquina de destrucción que no tiene en cuenta ni el bien común ni la dignidad de la persona y sólo atiende a los intereses económicos individuales y nacionales. Por esta razón, el Santo Padre llama especialmente a los religiosos a una “globalización de la caridad” a favor de la vida y de un mundo nuevo en el cual reinará un nuevo orden político, económico y social.

224. En este contexto la internacionalidad aparece como un don de Dios a la Iglesia, a la vida consagrada y a todos los que desean responder positivamente a los desafíos del tercer milenio: “Comunidades multiculturales e internacionales, llamadas a mantener el sentido de la comunión entre los pueblos, la razas, las culturas, son ya una realidad positiva..., ellas se revelan como lugares de entrenamiento para la integración y la inculturación, y constituyen al mismo tiempo un testimonio de la universalidad del mensaje cristiano”⁸⁷.

225. La construcción de un mundo nuevo exige la contribución de todos, pues tal mundo será nuevo en la medida en que pueda precisamente integrar la novedad, la riqueza y la belleza de culturas diferentes, y permita a las gentes vivir en armonía y respeto mutuo.

⁸⁷ *Partir de nuevo desde Cristo*, 29.

Qué significa “Internacionalidad”

226. Además de ser un don precioso de Dios a la Iglesia y a todos los que se comprometen a vivir *como discípulos de Cristo, la internacionalidad es:*

- Un valor y una cualidad de la persona que nos transforman profundamente obrando en nosotros una conversión progresiva, dándonos la capacidad de respetar a toda persona, la capacidad de formar una comunidad en la cual se vive y trabaja por el Reino de Dios.
- Una elección y un compromiso que nos permiten desarrollar cada día relaciones interpersonales de solidaridad con los hermanos y las demás personas, renunciar a nuestros prejuicios y posiciones personales cuando es necesario el consenso para llevar a buen término un proyecto inspirado por Dios.
- Un esfuerzo para unirnos y para construir una comunidad en búsqueda de proyectos que respondan a las necesidades apremiantes de la humanidad. Una comunidad internacional no existe solamente para conservar una obra importante de la congregación, sino sobre todo para ser un lugar de escucha del Espíritu y de los gritos de la humanidad, un lugar de reflexión común y de diálogo en búsqueda de una respuesta auténtica, completa y efectiva.
- Un testimonio profético en un mundo dividido: “insertos en las sociedades de este mundo – sociedades a menudo saturadas de pasiones y de intereses conflictivos, que aspiran a la unidad, pero inciertas sobre qué vías tomar –, las comunidades de vida consagrada en las cuales se encuentran como hermanos y hermanas personas de edades, lenguas y culturas diversas, se sitúan como *signos de un diálogo siempre posible* y de una comunión capaz de armonizar todas las diferencias”⁸⁸.

227. La perspectiva internacional supone:

- una conversión continua iluminada por la formación permanente;
- una oración personal y comunitaria incesante, para alcanzar, conservar y hacer perfecta la perspectiva internacional;
- un compartir de vida y de pensamiento, fruto de un esfuerzo cotidiano de diálogo en la caridad fraterna;
- una perspectiva global expresada por un interés activo por lo que sucede en la congregación y en el mundo, más allá de nuestras comunidades locales y de nuestras propias entidades.

Los agentes de la internacionalidad

228. Este don de Dios es concedido:

- a las personas que, como primeras responsables, comprenden su propia identidad y su lugar en el servicio a los demás;
- a los formadores: la internacionalidad es una cualidad indispensable para quienes tienen que de ella dar testimonio y transmitirla. Ellos deben cultivar la sensibilidad y el respeto frente a las diferentes culturas de los candidatos que les son confiados.
- a la congregación entera, que debería crear las condiciones óptimas para facilitar el crecimiento de sus miembros en esta perspectiva.

⁸⁸ *Vita Consecrata*, 61.

- a la Iglesia y al mundo que necesitan un testimonio evangélico de unidad en la diversidad, expresado por el deseo de Jesús de hacer discípulos suyos de todas las naciones.

Los enemigos de la internacionalidad

229. Este don de Dios encuentra resistencia en los corazones de las personas cerradas a la acción de Dios. El religioso monfortiano debería saber cómo identificar en toda circunstancia y situación los enemigos de la internacionalidad, que aparecen bajo diversas actitudes:

- en el individualismo que penetra hasta el espíritu de personas inteligentes y buenas, disfrazado bajo la apariencia de la búsqueda de un bien mayor;
- en la intolerancia, religiosa, ideológica o social, a menudo expresada en un fundamentalismo, que rechaza desdeñosamente todo lo que es diferente;
- en los complejos de inferioridad y superioridad, falso nacionalismo o ideología de una cultura dominante.

La formación para la internacionalidad

230. Aunque se acoja con amor este don de Dios, dispuestos a desarrollarlo, es precisa una formación adecuada para conservarlo y hacerlo eficaz. Toda la vida debería constituir una escuela de internacionalidad, pero debemos de manera especial preparar a los nuevos miembros de la Compañía y formarlos de manera práctica para estar disponibles a vivir en una comunidad internacional. Los responsables de tales comunidades deben haber vivido una experiencia internacional antes de emprender su cometido, a fin de asimilar primero para transmitir los valores y el espíritu de una comunidad internacional en el ejercicio de su servicio de autoridad.

231. Hay que saber discernir las capacidades de quien tendrá que vivir la internacionalidad y ayudarle a completar su formación mediante experiencias apropiadas a fin de darle una perspectiva internacional en las diferentes dimensiones de su personalidad:

- Dimensión humana: solamente una persona madura psicológica y sexualmente puede vivir en una comunidad internacional.
- Dimensión cultural e intelectual: una inteligencia abierta que reconoce sus propios límites y ha aprendido a descubrir e integrar las riquezas de los otros, sabiendo que jamás se podrá ser como el otro. En consecuencia, el vivir juntos se apoya en el diálogo, en una búsqueda sincera de la verdad, en el perdón y en la reconciliación. A este nivel de base, la preparación intelectual para la internacionalidad debería incluir el aprendizaje de otras lenguas.
- Dimensión espiritual: no vivimos juntos por motivos humanos, sino para establecer el Reino de Dios. Necesitamos no sólo alimentar nuestra vida espiritual con la oración personal y comunitaria sino también recordar continuamente el fin de nuestra vida común.
- Dimensión religiosa monfortiana: como estamos comprometidos juntos en pos de las huellas de los Apóstoles pobres, una espiritualidad monfortiana viva facilita la internacionalidad. La tradición monfortiana resalta varios aspectos concretos de los escritos y de la vida de nuestro fundador: el hecho de ser una compañía, una

sociedad, el valor de la obediencia y de la caridad, y más recientemente, la importancia de la consagración religiosa, de la comunidad religiosa,... Una reflexión común y constante sobre estos elementos facilitará el crecimiento del hombre internacional.

- Dimensión apostólica: cualquiera sea el lugar y estado en que se encuentra, el monfortiano debe considerarse evangelizador. Esta dimensión fundamental, esta “nota” de su misión, debería enseñarle cómo vivirla en los diversos lugares y situaciones en que Dios lo llama. El contacto con el Espíritu en la oración le dará la creatividad y la imaginación necesarias para sembrar y cultivar la Palabra en cualquier terreno y con colaboradores diferentes, para que crezcan buenos frutos que serán recolectados según la variedad de las riquezas del huerto del Señor.

Implicaciones prácticas

232. Un objetivo importante de la formación continua es ampliar los horizontes para que podamos ver más allá de las fronteras de nuestro apostolado particular, de nuestro país de origen, de nuestro lugar de apostolado. Así seremos cada vez más conscientes de nuestra pertenencia a una comunidad monfortiana “global”.

233. Experiencias internacionales de formación continua pueden ayudar a desarrollar esta perspectiva reforzando los vínculos fraternos entre hermanos de diferentes lugares y culturas. Tales experiencias son también ocasión de ver cómo la espiritualidad monfortiana se encarna de diversas maneras en diferentes culturas.

234. La situación actual de la Compañía nos llama a una mayor conciencia de nuestra interdependencia al nivel regional e internacional. Una de las tareas de la formación continua en este momento es descubrir maneras efectivas de expresar esta interdependencia y hacer que los hermanos se beneficien de ella.

235. A nivel de las primeras etapas de la formación, algunas entidades de la congregación deben acoger a muchos candidatos jóvenes y disponen de los recursos necesarios para ayudarles a apropiarse de nuestro carisma y de nuestra espiritualidad. En otros sitios, el reducido número de candidatos – que por otra parte se presentan de manera esporádica – hace difícil, si no imposible, la aplicación de un programa completo de formación inicial. Estas dos situaciones nos invitan a descubrir nuevos modos de solidaridad a nivel internacional.

236. Nuestro desafío actual está en encontrar los métodos y procedimientos que permitan una colaboración auténtica y un compartir real de los recursos. En esta búsqueda, es esencial una comunicación continua y honesta. Una verdadera perspectiva internacional ha de evitar ciertas actitudes:

- falta de respeto hacia las diferentes culturas de los candidatos;
- convicción de que la formación se puede realizar de la misma manera en todas partes, sin tener en cuenta el medio ambiente de la formación;
- sentimiento de nacionalismo o de “proteccionismo”;

- falso orgullo y sentimiento de autosuficiencia en las entidades que tienen muchos candidatos y desinterés por la formación en las que tienen pocos o no tienen;
- aproximación consumista de la formación inicial: por ejemplo, una entidad que sólo aprovechara del programa de formación de otra entidad enviando allí un candidato, sin aportar interés activo por el programa.

237. La necesidad de una colaboración creciente entre entidades de la congregación en el campo de la formación inicial y permanente es muy real; debemos pues adoptar nuevas formas de planificar, de comunicar y de colaborar a nivel internacional. Los mecanismos particulares de tal colaboración serán descritos en el segundo volumen de este proyecto de formación monfortiana.

238. Crecimiento en nuestra capacidad de ser una congregación internacional, formación bajo la dirección de hermanos que posean experiencia internacional, unidad allí donde los vínculos entre nosotros son más fuertes que los vínculos nacionales o culturales, todo esto nos permitirá ver el futuro con confianza, responder a los desafíos del tercer milenio, y marchar con seguridad hacia esta comunidad de amor deseada por Jesús: “Que sean uno”: Jn 17,11.

Vaciándonos de nosotros mismos por nuestra consagración a Jesús por María, dejamos que Cristo nos introduzca en el inmenso acto de reconciliación de todas las cosas en él.

“Todos ustedes fueron bautizados en Cristo y se revistieron de Cristo. Ya no hay diferencia entre quien es judío y quien es griego; entre quien es esclavo y quien hombre libre; no se hace diferencia entre hombre y mujer. Pues todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús”: Ga 3, 27- 28.

“Congréganos, reúnenos para que se dé gloria a tu nombre santo y poderoso”: SA 18.

CONCLUSION

Hacia nuestra plena madurez en Cristo

239. Para realizar nuestra misión en el espíritu de san Luis María, estamos atentos a proseguir juntos nuestra marcha sobre las huellas de los Apóstoles pobres. Su caminar inspira el nuestro. Como ellos, en el curso de la marcha, nos configuramos sin cesar a Cristo y anunciamos su mensaje a quienes hemos sido enviados a servir.

240. Cuando los Apóstoles respondieron a la invitación de Jesús, no estaban cualificados para su tarea misionera. Los caminos de Palestina, en su seguimiento y compañía, se convirtieron en su recorrido de formación. Ese itinerario les permitió ver y entender a Jesús que anunciaba el Reino de Dios en palabras y en actos. Avanzaban lentamente y no comprendían con frecuencia. Aún pasados varios años, no estaban prestos para ser misioneros. ¡Cuando llegó a Jesús el tiempo de la Cruz, ellos huyeron!

241. Pero el miedo no tuvo la última palabra. El Resucitado franqueó las puertas que el miedo había trancado con cerrojo, y su encuentro reformó a sus discípulos. Ellos retuvieron fielmente todo lo que él había dicho y hecho en medio de ellos. Se abrieron a la acción del Espíritu Santo; él transformó a esos hombres asustados, que se escondían en la sala de arriba, en audaces heraldos del Evangelio. Dejaron que sus dones echaran raíces en ellos y partieron a hacer discípulos de todos los pueblos. Su crecimiento en la fe y su audacia los llevaron hasta la entrega de su vida a la proclamación del Evangelio de Jesús. Su seguimiento, la experiencia de su amistad fiel, los llevaron a creer de todo corazón las palabras que les había dicho: “Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin de los tiempos”: Mt 28, 20.

242. Misioneros de la Compañía de María, enviados a llevar a los pobres la misma Buena Noticia, nosotros caminamos tras las huellas de los Apóstoles. Nuestra experiencia de vida nos recuerda nuestras pobreza, nuestros temores, nuestra condición de pecadores. Conscientes de los obstáculos, ponemos nuestra confianza en *Dios Solo*. Creemos que Jesús camina con nosotros. Nuestro deseo es proseguir nuestra peregrinación de formación que obra el Espíritu Santo. El formó a los Apóstoles: también a nosotros, en cada uno de nuestros pasos, a lo largo de toda nuestra vida, nos enseñará cómo caminar juntos.

243. Como los Apóstoles, somos estimulados por el mensaje que llevamos y por el deseo de llegar – como individuos y como comunidad apostólica – a nuestra plena madurez en Cristo: “Viviendo según la verdad y en el amor creceremos de todas maneras hacia aquel que es la Cabeza, Cristo. El da organización y cohesión al cuerpo entero, por medio de una red de articulaciones, que son los miembros, cada uno con su actividad propia, para que el Cuerpo crezca y se construya a sí mismo en el amor”: Ef 4, 15-16.

En fidelidad a nuestro ser y a nuestra misión

244. A lo largo de los capítulos de este primer volumen de nuestro *proyecto de formación*, quizá se ha tenido la impresión de repetición. ¡Era inevitable! Fuimos invitados a penetrar siempre más profundamente en el mismo *icono*. Un icono no se revela en una sola visita. El descubre su misterio poco a poco a quien sabe mirarlo y frecuentarlo asiduamente.

245. Para emplear otra imagen, hemos descendido por el camino en espiral que conduce al fondo de una mina a cielo abierto. El paisaje parecía el mismo en cada vuelta; pero si de verdad prestamos atención, notamos que la perspectiva es ligeramente nueva. Y, lo que es más importante que las apariencias, a medida que ganamos profundidad, descubrimos un nuevo filón, cuya calidad y riqueza nos animan a proseguir el descenso, pues ellas prometen algo mejor aún.

246. ¿No es ésta la historia de nuestra formación permanente, la de nuestra vida? Si decidimos no detenernos en nuestra marcha, en la contemplación de nuestro propio misterio y del misterio del mundo en que vivimos, si no cesamos de buscar un sentido para la vida hoy, para las personas y las cosas que nos rodean, descubrimos en nosotros mismos, en nuestros hermanos, y en el mundo, posibilidades y maravillas que reactivan nuestra marcha y hacen de nosotros hombres vivos y libres: los *hombres libres* del Padre de Montfort..

Para eso, como lo vimos, hay que dejarnos “formar todos los días d nuestra vida”⁸⁹.

247. En la sala de arriba, María, Reina de los Apóstoles, oraba en un solo corazón con ellos. “La formación y educación de los grandes santos que vivirán hacia el final de los tiempos están reservadas a ella”: VD 35. Para que María pueda realizar su misión es preciso abandonarnos completamente, dejar que Jesús, a quien María nos presenta y nos conduce, actúe con plena libertad. Ella permitió que Jesús fuera formado en ella: ¡ella nos formará a imagen de su Hijo! Ella enseñó a Jesús a caminar: ella nos enseñará a hacerlo juntos sobre las huellas de los Apóstoles pobres.

Así creceremos en fidelidad a nuestro ser y a nuestra misión de monfortianos hoy. Con san Luis María, oremos cada día de nuestra peregrinación: “¡Oh Jesús, que vives en María, ven a vivir en nosotros!”... Y, como él, ofrezcámonos totalmente a su acción: “Soy todo tuyo”.

¡Da hijos a tu Madre!

⁸⁹ *Vita Consecrata*, 69.

Juntos...
tras las huellas de los Apóstoles pobres
Volumen I – Principios Inspiradores
El espíritu de la formación monfortiana

INDICE

Prefacio
Siglas utilizadas
Dedicatoria
Introducción general

Primera parte: UN CAMINO A DESCUBRIR

El itinerario misionero de la Sabiduría encarnada
Capítulo 1 El Padre de Montfort, testigo de la audacia apostólica
Capítulo 2 El icono del misionero monfortiano
Capítulo 3 El camino de la formación permanente

Segunda parte: UN CAMINO A RECORRER

El proceso de la formación
Capítulo 4 Partir de nuevo desde Cristo, nuestro Señor y Maestro
Capítulo 5 En la escuela de san Luis María de Montfort, testigo y guía
Capítulo 6 Formados en María para ser discípulos de Jesucristo,
Sabiduría encarnada

Tercera parte: UN CAMINO A HACER JUNTOS

Coordinar nuestra formación
Capítulo 7 Nuestros compañeros de ruta
Los que intervienen en la formación
Capítulo 8 Una compañía bien ordenada
Los niveles de responsabilidades
Capítulo 9 Una comunidad internacional

Conclusión.



Sólo María es el árbol de vida,
y Jesús su único fruto.
Por consiguiente, quien
desee este fruto maravilloso en el corazón,
debe poseer el árbol que lo produce.
¡Si deseas tener a Jesús,
debes tener a María!
ASE 204